

Rafael Gómez Pérez
El secreto del silencio

RIALP

RAFAEL GÓMEZ PÉREZ

El secreto del silencio

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

«Solo en Dios espera en silencio mi alma»
(Salmo 62, 1)

«El resto es silencio»
(W. Shakespeare, *Hamlet*)

Índice

[Portadilla](#)

[Citas](#)

[Índice](#)

[Introducción](#)

[I. Las formas del silencio](#)

[II. El silencio y otras realidades humanas](#)

[III. Patologías](#)

[IV. El aprendizaje del silencio: la escucha](#)

[V. Filosofía del silencio](#)

[VI. Hacia el secreto del silencio](#)

[Epílogo](#)

[Créditos](#)

Introducción

“El silencio es oro”: esto es lo más positivo que se puede encontrar en el lenguaje acuñado y quizá tópico sobre esa realidad humana. Oro, porque se estima que vale. Pero a poco que se piense, se ve que hay muchos tipos de silencio, y algunos valen menos que nada. En un bosque de silencios hay que descubrir qué silencio es ganancia de la interioridad humana. Y ha de quedar claro desde el principio que las únicas formas válidas de silencio son las libremente elegidas; el silencio impuesto es una injusticia o incluso una forma de tortura.

Este libro aspira a ser una especie de breviario del silencio, algo para disfrutar en la tranquilidad de la lectura y para animar a ese redescubrimiento de la interioridad que es quizá una de las tareas más necesarias en la tan celebrada “sociedad de la información y de la comunicación”, que no pocas veces acaba en un cacareo en el que no se pueden distinguir, según Machado, “las voces de los ecos”.

Como de costumbre, quienes saben pensar y saben crear ya habían anticipado esta reivindicación. George Steiner escribe en *Lenguaje y silencio*, de 1967: «Esta revaluación del silencio —en la epistemología de Wittgenstein, en la estética de Webern y de Cage, en la poética de Beckett— es uno de los actos característicos y originales del espíritu moderno». Más bien del espíritu de cualquier otro tiempo, porque la poética del silencio recorre la historia y las culturas.

No es contradictorio escribir sobre el silencio si lo que se pretende es animar al silencio. Pero no a cualquier silencio.

I. Las formas del silencio

1. *¿Qué es silencio?*

Silencio es la cesación de sonido y, con más razón, del ruido. El ruido es un mal sonido, estridente o en exceso. Como se verá, el gran enemigo del silencio es el ruido, no tanto el sonido.

En el ser humano, el sonido puede ser producido con movimientos corporales (aplausos, pataleo) o expresiones no verbales (risa, llanto, gemidos, hipidos, gritos, estornudos...), pero el sonido propio del ser humano es el del lenguaje articulado, el de la palabra.

Como aparecerá con frecuencia en este libro, silencio y palabra no están en contradicción, sino que se alimentan mutuamente. Las palabras son siempre vehículos de un significado, pero también lo son del silencio. Cuando, por ejemplo, se omite una palabra esperada —y esa omisión es un silencio— se refuerza aún más el poder de la palabra. “Te quiero más... (silencio)... que a mi vida”.

Hay un silencio natural exterior cuando el mundo de la naturaleza calla, aunque nunca lo hace del todo y es ese remanente de sonido lo que da a esos silencios su belleza. El silencio de la mar en calma, levemente roto por el batido de las olas en la orilla. «La mar, la mar, que recomienza siempre», según un verso famoso de Paul Valéry. El silencio del bosque con la brisa que mueve las hojas y leves sonidos de pequeños animales. Como cantó Goethe: «Sobre todas las cumbres/ hay silencio./ En todas las copas de los árboles/ apenas si una brisa se siente». El silencio de la alta montaña, el silencio del desierto, el silencio de un paisaje alejado y nevado. O en los valles de Garcilaso: «En el silencio solo se escuchaba/ un susurro de abejas que sonaba».

El callar del ser humano, sin más, es también parte de ese silencio exterior. Hay, en cambio, un silencio interior cuando el callar es el reflejo de un alma no agitada, en paz.

Silencio natural exterior y silencio interior pueden coincidir o no. Hay quienes no consiguen el silencio interior porque no hay suficiente silencio exterior. Y hay quienes, incluso en medio del estruendo, pueden vivir en silencio íntimo. Como aquel sabio de Grecia que decía «todo lo mío lo llevo conmigo», se lleva el silencio tan dentro que incluso vence al ruido exterior.

El simple silencio es un hecho, una situación que, en sí misma, es neutra. Su valoración no depende del silencio en sí sino de la finalidad o de los motivos de ese silencio.

2. *Motivos del silencio*

El ser humano puede estar en silencio por diversos motivos. Hay muchos tipos de silencios, cada uno con una significación propia, también en el caso en el que el silencio nada diga, el silencio plano de quien no tiene nada que decir.

Hay silencio cuando por ignorancia no se sabe qué decir o qué responder. Ese silencio o, más bien, esa mudez, se da, por ejemplo, cuando por algún motivo se tiene que decir algo en público y las palabras no salen: “Me he quedado en blanco”. No es que se quiera el silencio, el silencio se impone. Pero es mucho peor cuando la ignorancia no calla sino que habla, de atrevida que es. Hoy que, gracias a las redes sociales, cualquiera puede decir lo que quiera sobre todo lo humano y divino, además amparado en la palabra escrita y en condiciones de posible anonimato, la ignorancia tiene amplio cauce. Se pueden leer opiniones y desahogos que no valen ni los 140 caracteres en los que pía ese pajarito azul.

Hay silencios por duda. La duda es un paso más allá de la ignorancia. Se sabe algo pero se sabe, a la vez, que no se sabe lo suficiente. Lo normal es que en la duda se opine, pero lo más sabio, en la duda, es callarse y procurar el modo de salir de ella. O al menos formular la opinión expresando a la vez que se mantiene la duda. La duda no es en absoluto un fenómeno negativo; ante la complejidad de situaciones, sentimientos e informaciones es bueno mantener la duda, no como negación de conocimiento, sino, al contrario, como un preámbulo. La duda, bien entendida, impide la precipitación, los juicios sumarios y los prejuicios. Cuando la duda ha sido el preámbulo del saber, se explica ese verso de Dante: «Tanto como saber dudar me agrada».

Hay silencios por perplejidad y por asombro, como en aquellos versos de Calderón de la Barca en *La vida es sueño*: «Con asombro de mirarte/ con admiración de oírte,/ ni sé qué pueda decirte,/ ni qué pueda preguntarte». La capacidad de asombro es también un camino hacia el conocimiento. Asombrarse es salir de lo usual, de la costumbre quizá ya cansina, de la rutina que dice siempre lo mismo. El asombro precede a veces a la curiosidad, pero otras veces la curiosidad es el camino del asombro. Dostoievski anotó que si es algo estúpido asombrarse por todo, más lo es no asombrarse de nada.

Hay silencio en la expectativa, ante la inminencia de algo. Y, a la vez, el silencio se utiliza a menudo para aumentar la expectativa. Este tipo de silencio se suele utilizar en el cine y en el teatro o en la vida ordinaria a la hora de comunicar una noticia, si se quiere hacer con especial expresividad. Es el suspense, forma compleja del silencio. Cuando, en algunas películas, la cámara se detiene, y por unos segundos queda inmóvil destacando algo, eso es una forma de silencio.

Hay silencio por miedo. El miedo lleva al grito o a la huida, pero antes de eso hay un silencio. Y hace falta valor para romper ese silencio. «No he de callar, por más que con el dedo,/ ya tocando la boca, o ya la frente,/ silencio avises, o amenazas miedo./ ¿No ha de haber un espíritu valiente?/ ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?/ ¿Nunca se ha de decir lo que se siente?», en los famosos versos de Quevedo.

Hay silencio por vergüenza, consecuencia de una timidez temperamental o de la

resistencia a confesar algo que se considera irregular. No es bueno urgir una respuesta cuando se da ese silencio por vergüenza, porque esta tiene que hacer su propio itinerario. La vergüenza tiene mucho que ver con el arrepentimiento, y es una realidad positiva del comportamiento humano. Si así no fuera, el término “sinvergüenza” no tendría un sentido peyorativo.

Hay afectación de silencio, como en la tópica frase de “valgo más por lo que callo que por lo que digo”. Este tipo de silencio es artificial y lo que se dice es, en el fondo, falso. Porque si se vale más por lo que se calla que por lo que se dice, lo natural y humano sería no pronunciar esa frase, callarse.

La desgracia, el golpe de dolor, consecuencia de hechos o situaciones muy diversas (pérdida de un ser querido, desengaño amoroso...) hace crecer la necesidad de una soledad en silencio; se desea vivamente estar solos, al menos por un tiempo, porque en la soledad y en el silencio parece que se amortigua algo el sufrimiento. En *El Cid*, de Corneille, cuando Jimena se encuentra con Rodrigo, que ha dado muerte en duelo al padre de ella, en venganza de una ofensa de este al padre de él, siente a la vez deseo de venganza y amor por Rodrigo: quiere y no quiere la muerte de aquel a quien ama. Y ante tal dilema desea estar sola: «El silencio y la noche me dejarán llorar». O en Garcilaso: «Por ti el silencio de la selva umbrosa/, por ti la esquividad y apartamiento/ del solitario monte me agradaba». Rizando el rizo, Góngora: «Vence la noche al fin y triunfa mudo/ el silencio, aunque breve, del ruido».

Hay silencio por justicia y por amor cuando el hablar supondría un mal para otros. Pero se calla también la falta del otro, no se hace pública, por una solidaridad íntima y humana que ha hecho que el chivato siempre caiga mal. Con todo, hay un silencio culpable cuando no se denuncian públicamente situaciones de injusticias y ofensas a la dignidad humana.

Hay silencio como muestra de luto, homenaje y respeto, como en los “minutos de silencio”. Si se observan los rostros de muchos que participan de esos “minutos de silencio” se podrá ver que el silencio no va acompañado de una consideración interior, sino que parece un simple dejar que pase el tiempo. Se trata, en muchos casos, de un silencio vacío, cuya única finalidad parece ser el que se sepa que se ha guardado un minuto de silencio.

Hay silencio cuando se busca, por el motivo que sea, la relajación. Muchas prácticas de origen oriental, como el yoga, no se pueden entender sin el silencio.

Un paso más allá de esa simple relajación es el silencio como vía de la meditación, es decir, de la consideración interior del propio yo, de sus deseos y de sus aspiraciones, de sus aciertos y de sus errores. Los discípulos de Pitágoras, se cuenta, estaban obligados al silencio como camino de sabiduría. En la tradición budista se enseña que «tu silencio interno te vuelve sereno. Haz regularmente un ayuno de la palabra... Practica el arte de no hablar». Cuando esa meditación no se detiene en el yo sino que es un diálogo silencioso de amor con el Origen, con Dios, esa realidad se llama oración.

El silencio impuesto a otros, una de cuyas formas es la censura, el silencio como castigo, el silencio como tortura no son humanos. El silencio, como se ha dicho, solo

enriquece cuando es un silencio elegido; silencio y libertad van de la mano.

II. El silencio y otras realidades humanas

1. *Silencio y palabra*

La mayor confrontación con el silencio es la de la palabra, pero es una confrontación que no significa oposición, porque la palabra aquilatada y precisa puede expresar lo más profundamente humano.

Benedicto XVI se refería en 2012 a «un aspecto del proceso humano de la comunicación que, siendo muy importante, a veces se olvida y hoy es particularmente necesario recordar. Se trata de la relación entre el silencio y la palabra: dos momentos de la comunicación que deben equilibrarse, alternarse e integrarse para obtener un auténtico diálogo y una profunda cercanía entre las personas. Cuando palabra y silencio se excluyen mutuamente, la comunicación se deteriora, ya sea porque provoca un cierto aturdimiento o porque, por el contrario, crea un clima de frialdad; sin embargo, cuando se integran recíprocamente, la comunicación adquiere valor y significado. El silencio es parte integrante de la comunicación y sin él no existen palabras con densidad de contenido. En el silencio escuchamos y nos conocemos mejor a nosotros mismos; nace y se profundiza el pensamiento, comprendemos con mayor claridad lo que queremos decir o lo que esperamos del otro; elegimos cómo expresarnos».

Rilke, en unas frases muy complejas de sus *Cartas a un joven poeta*, parece decir lo contrario, pero solo da un giro más de tuerca: «Cada hombre es íntimamente un poeta, un poeta que se ahoga en el silencio. Las alas de la palabra nos salvan del agua. Por eso, el verdadero poeta es el que retorna al silencio, es el que acepta la muerte del verbo». Las palabras predominan un momento sobre el silencio, pero al final es el silencio lo definitivo.

Sucede que en ese silencio hay otras palabras, no pronunciadas, palabras de la mente (“*verba mentis*”) y palabras del corazón (“*verba cordis*”). Lo que se opone al silencio profundo es la palabra vana, la palabra que se agota en la pronunciación, la palabra que no lleva más allá de sí misma. Joseph Joubert escribió: «El silencio. Delicias del silencio. Los pensamientos han de nacer del alma y las palabras del silencio. Un silencio atento».

En esas palabras el ser humano se habla a sí mismo, pero no como un monólogo narcisista, sino como diálogo con lo que hay más allá de sí mismo. Antonio Machado lo dijo en estos versos: «Quien habla solo espera/ hablar con Dios un día».

2. *Silencio y edades*

El silencio interior y voluntario es una conquista humana, pero no puede alcanzarse a cualquier edad.

El niño no tiene sentido voluntario del silencio. Al niño el silencio, por lo general, le aburre, porque significa no hacer nada, y esto está en contra de su natural tendencia a la actividad. Además, el niño está admirado y sorprendido con su descubrimiento del habla. Ha vivido un largo tiempo de relativa mudez y, de pronto, empieza a decir cosas como las que ha oído durante tanto tiempo. Por eso el niño que ha aprendido a hablar lo hace sin descanso, no para. Solo cuando un juego lo absorbe puede quedar en silencio, un estupendo silencio a veces canturreado. Por otro lado, el niño, en sus primeros meses, ha absorbido un nutritivo silencio en los pechos de su madre. El Salmo 131 lo toma como comparación: «Soy como un niño recién amamantado». Ese dulce silencio del niño.

Tampoco los adolescentes y jóvenes suelen gustar del silencio. Sus diversiones suelen ser ruidosas: como las discotecas en las que el sonido —el ruido— es tan atronador que solo se puede hablar a gritos; o esa costumbre de ir escuchando música por los auriculares y con tal volumen que lo puede oír quien está al lado, aun sin querer. O, en grupo, hablar a gritos, quitándose mutuamente la palabra, hablando a la vez.

El posible amor a un silencio positivo es cosa de la madurez y de la ancianidad. Este descubrimiento del silencio está unido al de la soledad, al deseo de estar tranquilo con uno mismo. Lope de Vega lo cantó en un conocido poema: «A mis soledades voy,/ de mis soledades vengo,/ porque para estar conmigo/ me bastan mis pensamientos».

El silencio productivo, en la madurez, no se da sin más. Es corriente que cuando se presentan circunstancias que obligan a un silencio involuntario —vivir solo, por ejemplo, por propia elección o por circunstancias de la vida— haya gente que estime insoportable la situación. De ahí el uso casi continuo del teléfono, o el de la televisión o la radio, casi perpetuamente encendidas. Se necesita llenar el silencio con cosas de fuera.

El silencio productivo es algo que necesita de un continuo aprendizaje. Parte de ese aprendizaje pasa por el hábito de la lectura; y en el silencio de la lectura se puede viajar a múltiples paisajes de la Naturaleza, de la historia o del corazón. O bien la escucha de música, en la que el silencio no es perturbado y sí repleto de belleza. Por ahí se puede acceder a llenar la propia interioridad de pensamientos, proyectos y aspiraciones creativas.

El silencio es productivo, pero antes tiene que ser sembrado y cultivado. La siembra del silencio es una experiencia interior en la que se advierte su potencia pacificadora. El cultivo del silencio se hace reservando momentos en el día para él y, de modo especial, respetando el silencio que la misma noche parece propiciar. ¿Por qué molesta tanto el ruido que se hace en la noche? No solo porque impide dormir, sino porque el ruido, en sí mismo, está en la antítesis de lo nocturno. La noche ama la paz.

3. Silencio y temperamentos

La búsqueda voluntaria del silencio no es igual de fácil para todos los hombres y mujeres. Depende mucho del temperamento. Hay personas ruidosas por sus palabras, gestos, actitudes y reacciones. Y hay personas que desprenden un halo de tranquilidad y de acogimiento, gracias precisamente a su temperamento tranquilo.

Desde Hipócrates hasta finales del XIX se dio por buena la clasificación de los temperamentos, caracteres o humores según el predominio, precisamente, de uno de los cuatro humores presentes en el cuerpo humano: sangre, bilis blanca o hiel, bilis negra, flema. Se tenía así los temperamentos sanguíneo, colérico, melancólico y flemático. Abandonada esa no verdadera explicación, hoy se tiende a la combinación de dos pares de rasgos: extrovertido/introvertido y estable/inestable. Se siguen utilizando a veces los antiguos nombres: el sanguíneo es el extrovertido estable; el colérico, el extrovertido inestable; el flemático, el introvertido estable; el melancólico, el introvertido inestable.

Los temperamentos sanguíneo y colérico suelen amar la acción, incluso la complicación, la peripecia, el lío. Suele ser gente que no puede estarse quieta. Se vierten hacia fuera con palabras, muchas veces con exceso de palabras. A estos temperamentos el silencio, por lo general, les aburre. Necesitan estar haciendo algo con alguien, con algunos, hablando, actuando. El estallido de palabras, en el colérico, es especialmente peligroso, porque con frecuencia son palabras inoportunas, a veces cercanas al insulto o una crítica extemporánea e inoportuna hacia el más pequeño defecto o fallo de los demás. El sanguíneo, al ser estable, puede tener un mayor control sobre las palabras y utilizarlas adecuadamente como medio para un fin.

Los temperamentos flemático y melancólico tienden naturalmente a aprobar y a probar el silencio. El primero por su tendencia natural a la tranquilidad. El segundo por su tendencia a recluirse dentro de sí mismo. Mientras que el flemático acude a un silencio sin turbación, el melancólico vive con frecuencia un silencio a la vez deseado y odiado, en la angustia.

El silencio más fecundo tiene, por tanto, mucho que ver con la estabilidad del carácter. Esta es una de las grandes cualidades humanas que a veces se tiene por naturaleza, porque se ha nacido así. Cuando no es ese el caso, la estabilidad es una meta que es deseable conseguir, porque es condición *sine qua non* de muchas realizaciones humanas. A esta estabilidad están asociadas la aceptación del valor del esfuerzo, la constancia y la perseverancia, imprescindibles para llevar a cabo cualquier empresa o propósito.

En las relaciones humanas, por ejemplo en el matrimonio, es deseable que al menos uno de los dos cónyuges sea estable, porque tendrá que aportar continuidad, firmeza y tranquilidad. Una relación entre dos inestables puede subsistir, pero casi siempre a costa de nerviosismos, ansiedades, crisis y enfrentamientos. En una relación, ante la crisis, el estable tiende al silencio; el inestable, a la confrontación.

La inestabilidad puede llevar a periodos de silencio pero casi siempre son seguidos de estallidos. La depresión, que sería el nombre nuevo de la melancolía, trae consigo el silencio de la tristeza.

4. Lo que el silencio puede mostrar

El silencio interior, no por callar, es inexpresivo. Es más, hay realidades que solo se muestran en el silencio. Casi proverbial es la frase con la que termina el *Tractatus logico-philosophicus*, única obra publicada en vida por Ludwig Wittgenstein, considerado por muchos el mejor filósofo del siglo XX: «De lo que no se puede hablar, mejor es callarse». Sin entrar en las implicaciones filosóficas de esa actitud, hay que aclarar que Wittgenstein no era en absoluto escéptico. Pensaba que de lo que no se podía hablar (sobrentendido: de manera científica) era precisamente lo más importante, y se podía mostrar: el amor, la piedad, la lucha por el bien, la mística. Él mismo se sumergió, en largos periodos de su vida, en un retiro y en un silencio voluntarios.

Con palabras se puede decir mucho y en casi todas las culturas, gracias a las palabras, se han producido maravillas literarias que quedan como clásicas. Pero hay momentos en los que las palabras ya no sirven para expresar lo más interior, lo más íntimo. Algo semejante a esas criaturas que, al decir de Juan de la Cruz, aunque le hablen del Creador, no acaban de contarle bien por «un no sé qué que quedan balbuciendo». También Hamlet, antes de morir quiere decir algo, pero no todo puede ser dicho: «El resto es silencio».

En arte, una forma delicada de silencio es la elipsis. Callando o diciendo apenas algo se dice más que con muchas palabras. Un ejemplo célebre de esta elipsis se encuentra en la novela de Alessandro Manzoni, *Los novios*, en el episodio de la monja de Monza, inspirado en hecho reales. Encerrada en el convento por conveniencia y no por vocación, Gertrude es una criatura débil: «Para decidir sobre su suerte no hacía falta su consentimiento, sino solo su presencia». Cuando, casualmente, al abrir una ventana del convento, ve en la ventana de la casa de enfrente a un hombre joven que le habla. Manzoni solo escribe: «La desgraciada respondió». En esa elipsis está ya toda la historia de sus amoríos con el caballero y la tragedia final.

Otro ejemplo memorable de elipsis está en la *Divina Comedia*, en el Canto quinto del Infierno, donde se relata la condena de Paolo y Francesca, cuñados adúlteros. Cuenta ella que leían un día un libro con los amores de Lanzarote por la reina Ginebra, esposa del rey Arturo. «Cuando vimos la risa deseada/ ser besada por tan fuerte amante,/ este, del que jamás seré apartada, la boca me besó todo anhelante./ Galeoto fue el libro y quien lo hiciera:/ no leímos ya más en adelante». No hace falta decir más. No siguieron leyendo.

5. Silencio y música

Siendo la música sonido, puede parecer que está en contra del silencio. Pero no es así. Salvo en caso de músicas estruendosas, inarmónicas y chirriantes (que no son música en realidad), la música es un diálogo continuo con el silencio. El signo de calderón, en música, puede marcar la duración de una pausa o de un silencio.

Para señalar esa realidad, el músico John Cage estrenó en 1952 *4'33"*, en tres

movimientos, interpretados por cualquier instrumento o conjunto. Indicaciones, solo una, en latín: *tacet*, calla. El intérprete ha de guardar silencio y no tocar su instrumento durante cuatro minutos y treinta y tres segundos. Naturalmente, y el mismo Cage lo señaló, nunca se da el absoluto silencio; se ha comentado que, de interpretar esa obra en público, el silencio estaría modificado por los ruidos involuntarios de los espectadores; por ejemplo, las irreprimibles toses.

Es experiencia de todos los melómanos que la música no solo no altera el silencio sino que lo alimenta de un modo nuevo. La razón está en que la música es un buen tratamiento del sonido y ese buen trato no altera para nada el valor del silencio. Es más, resulta aconsejable, al escuchar música, dejar un tiempo de silencio entre pieza y pieza. Ese silencio contribuye a que se calibre mejor la música que sigue. De ahí la mala impresión que se da en los conciertos cuando un público poco acostumbrado a ellos aplaude después del primer movimiento, con evidente disgusto de los músicos. Porque entre los movimientos el silencio es imprescindible.

Entre los músicos que han hecho del silencio algo esencial está Anton Webern (1883-1945). El conjunto de su obra publicada en vida no supera las seis horas de duración. Una de las cosas más llamativas es la continua presencia del silencio, que es como una nota más. Es difícil encontrar otra música en la que el silencio se muestre en todo su valor; por eso solo puede ser apreciada en la tranquilidad del silencio.

El director Guidon Kremen, con la Kameronata Baltica, publicó en 2000 el disco *Silencio*, con este contenido: Arvo Part: *Tabula Rasa* (1977) y *Darf Ich...* (1995, revisión 1999); Philip Glass: *Company* (1983); Vladimir Martynov: *Come in!* (1988). Son músicas que llevan a la tranquilidad del ánimo, especialmente el delicado *Come in!*, de Martynov. Part, en el primer movimiento de *Tabula rasa*, “Ludus”, juega con el silencio; en el segundo, “Silentium” el silencio se va haciendo progresivamente hasta los últimos veinte segundos, donde es total.

6. *Silencio y secreto*

Guardar un secreto significa silenciar lo que se sabe, no manifestarlo de ningún modo.

El secreto ha tenido, de forma crónica, mala fama. Se ha pensado demasiadas veces en conspiraciones ocultas cuya arma sería el secreto. Pero, sea lo que sea de eso, si historia o fabulaciones, el secreto es imprescindible en la vida de las personas.

Hay un secreto natural sobre la propia vida, que nadie tiene derecho a conocer. Si nadie puede ser legítimamente propietario de la vida de otra persona, puede serlo de sus secretos. El derecho a la propia intimidad es una garantía de la libertad personal. La historia de cada persona es solo suya y solo la cuenta si así lo desea.

Lo mismo ocurre en las familias: costumbres, maneras, soluciones que no son en absoluto secretas pero que se desvirtuarían si se hicieran públicas; no porque encierren algo de censurable sino porque son estrictamente privadas. Las palabras y las acciones adquieren connotaciones diversas según sea el ámbito en el que se dan. Lo que tiene todo

el sentido en un ámbito privado, cercano e íntimo, puede parecer ridículo si se sale fuera de él.

Está, en muchas profesiones, el secreto profesional. Nadie tiene derecho a conocer, por ejemplo, lo que se habla entre un imputado por delito y su abogado defensor. Un médico no puede airear la historia clínica de un paciente. En general, todas las instituciones tienen derecho a mantener reserva sobre lo que, sin ser ilegal, de publicarse traería a las personas concretas, a cuyo servicio están, consecuencias perjudiciales.

En la práctica cristiana, el secreto de confesión es algo tan respetado que ha hecho mártires. Uno de los más conocidos es san Juan Nepomuceno. Su epitafio en la catedral de San Vito, en Praga, dice así: «Yace aquí Juan Nepomuceno, confesor de la Reina, ilustre por sus milagros, quien, por haber guardado el sigilo sacramental, fue cruelmente martirizado y arrojado desde el puente de Praga al río Moldava, por orden de Wenceslao IV, el año 1393».

Esta presencia generalizada del secreto choca con la mentalidad dominante de la sociedad de la información y de la comunicación, para la cual parece que todo lo que, en teoría, pudiera saberse debería saberse en la práctica. Pero los medios de comunicación tienen también, en su gestión, sus propios secretos que no desean que sean conocidos y menos por la competencia.

El silencio, que no el secreto como algo peyorativo, es propio de la vida privada. En la vida pública, el secreto se soporta menos, aunque desde siempre existen y probablemente siempre existirán los secretos de Estado y de otras muchas instituciones.

El secreto, con su obligado silencio, presenta otra cara, esta vez oscura, cuando es aliado del crimen. Siendo el crimen algo ilegal e inmoral se sirve del mayor secreto posible y del silencio de los cómplices. Esto es usual en aquellos delitos para cuya perpetración se necesita la clandestinidad.

Típico de este silencio, convertido en código de honor, es el de la *Mafia*, de origen siciliano, paralela o coetánea a otras organizaciones criminales. En la misma Italia, la *Camorra*, en la Campania; la *Ndrangheta*, en Calabria, y la *Sacra Corona Unita*, en Puglia. Fuera de Italia, la *yakuza* japonesa, las *triadas* chinas o la mafia rusa o roja. En Sicilia existe un proverbio popular, fruto de varios siglos de experiencia con esa especie de policía privada y a la vez negocio criminal. «*Cu è surdu, orbu e taci, mpaci campa cent'anni*» (El que es sordo, ciego y mudo vive cien años en paz).

7. Silencio y soledad

Donde hay soledad hay, por lo general, silencio, salvo en aquellos casos en los que la persona se habla a sí misma. Este hablar con uno mismo puede deberse a un trastorno mental más o menos grave, pero también se da en quienes, por los motivos que sean, ven que la palabra oída ayuda al pensamiento, o bien quieren animarse a hacer algo (“¡Ánimo, que tú puedes!”).

La soledad puede ser un bien o un mal. Es un mal la soledad obligada, en prisión, o la

soledad resultante de la falta de familia y de amigos. Pero cuando la soledad es buscada libremente, lo que se pretende es “acompañar” a un silencio que se hace más denso y más rico. Montaigne escribió: «Encuentro más soportable estar siempre solo que no poder estarlo nunca».

Por otro lado, hay una soledad congénita en el ser humano, que deriva de su individualidad. Los límites del cuerpo y de los pensamientos son también los límites de la propia soledad. Aunque el ser humano “es nacido”, muere siempre solo, por acompañado que esté. Mi dolor es solo mío, como también mi gozo. Podemos manifestarlos, pensar que lo compartimos, pero la vivencia es estrictamente personal.

La estabilidad de carácter quiere decir que se está a gusto con uno mismo y que se sabe estar solo. Pascal, en los *Pensamientos*, quizá exagera, pero no demasiado, cuando escribe: «Todas las desgracias de los hombres proceden de una sola cosa, que es no saber estar solos, reposando tranquilamente en una habitación». La Bruyère dijo lo mismo poco después: «Todo nuestro mal proviene de no poder estar solos: de ahí el juego, el lujo, la disipación, el vino, las mujeres, la ignorancia, la maledicencia, la envidia, el olvido de sí mismo y de Dios». Hay un afán incontenido por *salir*, porque no se sabe estar en lo propio, alimentado de la propia intimidad. *Salir* equivale a escapar de uno mismo, con quien no se soporta estar.

En cambio, qué llena de matices esta soledad que describe Rilke en *Cartas a un joven poeta*: «Solo hay una soledad. Es grande y difícil de soportar. Y casi a todos nos llegan horas en que de buen grado la cederíamos a trueque de cualquier convivencia, por muy trivial y mezquina que fuere, hasta por la mera ilusión de una ínfima coincidencia con cualquier otro ser, con el primero que se presente, aunque resulte tal vez el menos digno. Mas acaso sean estas, precisamente, las horas en que la soledad crece, pues su desarrollo es doloroso como el crecimiento de los niños y triste como el comienzo de la primavera. Eso, sin embargo, no debe desconcertarle, pues lo único que por cierto hace falta es esto: soledad grande, íntima soledad. Adentrarse en sí mismo, y, durante horas y horas, no encontrar a nadie... Esto es lo que importa saber conseguir. Estar solos como estuvimos solos cuando niños, mientras en derredor nuestro iban los mayores de un lado para otro, enredados en cosas que parecían importantes y grandes, solo porque ellos se mostraban atareados, y porque nosotros nada entendíamos de sus quehaceres».

La soledad puede ser, paradójicamente, una compañía distinta y más profunda. Como escribía Antonio Machado: «Tengo a mis amigos/ en mi soledad./ Cuando están conmigo/ ¡qué lejos están!». Algo de eso quería decir también el escéptico Chamfort: «Somos más felices en la soledad que en el mundo. ¿No provendrá esto de que en soledad pensamos en las cosas y en el mundo estamos obligados a hacerlo en los humanos?». Aunque se equivocaba: muchas veces en la soledad física se piensa, en silencio, en las personas que amamos.

La soledad es un motivo clásico en la poesía del retirarse del mundo, entendiendo por *mundo* las complejas y a menudo hipócritas relaciones humanas. Como en el poema *A un amigo que retirado de la Corte pasó su edad*, de Francisco de Quevedo:

Dichoso tú, que alegre en tu cabaña,
mozo y viejo espiraste la aura pura,
y te sirven de cuna y sepultura,
de paja el techo, el suelo de espadaña.
En esa soledad que libre baña
callado Sol con lumbre más segura,
la vida al día más espacio dura,
y la hora sin voz te desengaña.
No cuentas por los Cónsules los años;
hacen tu calendario tus cosechas;
pisas todo tu mundo sin engaños.
De todo lo que ignoras te aprovechas;
ni anhelas premios ni padeces daños,
Y te dilatas cuanto más te estrechas.

Otra sensibilidad es lo que se aprecia en el poema *Cómo llenarte soledad*, de Luis Cernuda. Evoca la soledad tranquila de la infancia, rota después por mil agitaciones y compañías perturbadoras, para volver al fin a aquella soledad, que es un bien del hombre:

Tú, verdad solitaria,
transparente pasión, mi soledad de siempre,
eres inmenso abrazo;
el sol, el mar,
la oscuridad, la estepa,
el hombre y su deseo,
la airada muchedumbre,
¿qué son sino tú misma?
Por ti, mi soledad, los busqué un día;
en ti, mi soledad, los amo ahora.

Porque la soledad voluntaria da, por eso mismo, alas a una forma amplia y vívida de libertad. En esa libertad el tiempo se dilata y se pueden hacer muchas más cosas y tratar lo que se hace con una profundidad especial.

8. *Silencio y poesía*

Si se entiende por *poesía* dar con un aspecto inédito y bello de la realidad, hay poesía en la Naturaleza y en todas las artes. En sentido estricto, poesía es la inédita belleza expresada en palabras.

No se han hecho muchas poesías dedicadas expresamente al silencio, pero una de ellas, de Octavio Paz, es una muy bella profundización:

Así como del fondo de la música
brota una nota
que mientras vibra crece y se adelgaza
hasta que en otra música enmudece,
brota del fondo del silencio
otro silencio, aguda torre, espada,
y sube y crece y nos suspende
y mientras sube caen
recuerdos, esperanzas,
las pequeñas mentiras y las grandes,
y queremos gritar y en la garganta
se desvanece el grito:
desembocamos al silencio
en donde los silencios enmudecen.

Quiere decir que el silencio llama al silencio, que en el silencio se descubre mucho de lo humano y que, ante esa realidad, se entra en otro silencio «en donde los silencios enmudecen». El silencio como un aprendizaje que no termina nunca; el silencio da origen a otros silencios, y en cada silencio se descubren nuevos horizontes de la propia intimidad.

Bécquer dio con aquel verso que describe la gran soledad, la de la muerte.

La noche se entraba,
reinaba el silencio:
perdido en las sombras,
medité un momento:
¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

Porque con la muerte viene casi siempre el olvido, ese silencio continuado. Y en otro verso célebre, Bécquer dice: «Donde habite el olvido/allí estará mi tumba».

Goethe, en un poema de 1815, escribía:

Cuando, al responder la amada,
lanza miradas de amor,
ebrio de dicha el poeta
canta como un ruiseñor.
Pero, no obstante, el silencio,
inspira más confianza,
quedo, quedo, calla ahora.
Es el colmo de la dicha.

Alphonse de Lamartine, en el poema *El valle*, un regreso añorado al valle de su niñez, tiene como aliado el silencio:

Esta es la senda estrecha de mi valle sombrío:
llenar ambas laderas unos bosques espesos
que cruzando sus sombras curvas sobre mi frente
por entero me cubren de silencio y de paz.

Y más adelante:

Allí estoy entre muros de verdor, con un corto
horizonte ante mí que ya basta a mis ojos,
sin moverme y tan solo con la naturaleza,
sin oír más que el agua, solo viendo los cielos.

Corazón aquietado como el alma en silencio;
oigo apenas el ruido muy lejano del mundo
como un eco remoto que se ahogó en la distancia
y que traen los vientos al oído inseguro.

Quedan la Naturaleza y su silencio:

Con la luz sé tú el cielo, sé la sombra en la tierra;
en los llanos del aire sé aquilón volador;
con los pálidos rayos misteriosos de luna
sé cual alma del bosque en la sombra del valle.

Dios nos dio inteligencia para así concebirlo:
la natura descubre en sí misma a su autor.
Una voz en silencio al espíritu ha hablado:
¿quién no ha oído esta voz resonar en su pecho?

En un breve poema, *Ensueño*, Emily Dickinson asocia de forma bella el silencio, la paz y la lectura:

Para fugarnos de la tierra la mejor nave es un libro;
y se viaja mejor en el poema que en el más brioso y rápido corcel.
El más pobre puede hacerlo, nada por eso hay que pagar:
el alma en el transporte de su sueño se nutre solo de silencio y paz.

El silencio tenue e incompleto de la Naturaleza ha sido con frecuencia fuente de inspiración para muchos poetas. Giosuè Carducci habla del «intenso e infinito, en su

amplio silencio, el mediodía». Y aun mejor Giacomo Leopardi en el poema *El infinito*, que termina en este bellísimo verso: «*e il naufragar m'e dolce in questo mare*»; me es dulce naufragar en este mar.

Siempre caro me fue este yermo cerro
y esta espesura, que de tanta parte
impide ver el último horizonte.
Mas, sentado y mirando, interminables
espacios en su extremo y sobrehumanos
silencios, profundísimas quietudes,
finjo en mi pensamiento hasta que casi
el corazón no teme. Y cuando el viento
oigo crujir en las plantas, y comparo
el silencio infinito y el susurro,
pienso en lo eterno, en la edad ya muerta,
en la presente y viva y en su voz.
Y mi pensar se anega en lo profundo
y es dulce naufragar en este mar.

9. *Silencio e inocencia*

A pesar de la etimología, por exclusión, de *inocencia* (no dañar) nada más puro que ella. Inocente es, en la etapa de la primera niñez, quien no es capaz, aunque quisiera, de hacer mal. Por eso resulta tan insufrible la emblemática “matanza de los inocentes”, de Herodes.

Pasada la niñez y el obligado silencio, la inocencia casi nunca es pródiga en palabras. Incluso cuando quien no daña es dañado, calla. Por eso ha llamado la atención siempre el comportamiento instintivo de ovejas y corderos, como en un célebre pasaje del profeta Isaías, en el capítulo 53: «Todos nosotros como ovejas descarriadas, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido y él se humilló y no abrió la boca. Como el cordero al degüello era llevado y como oveja ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca». Con razón se ha visto en este texto un vaticinio mesiánico de la suerte que correría el salvador del mundo, el Cordero que san Juan verá ya triunfante en el Apocalipsis. «Seguí mirando y había un Cordero que estaba en pie sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y de su Padre».

El silencio de la inocencia es un doble silencio, pero por eso mismo tiene toda la fuerza de la denuncia contra la injusticia y la crueldad. El aplastamiento de la inocencia no encuentra con mucha frecuencia castigo en este mundo; por eso la inocencia lanza su clamor hacia la eternidad, esperando en la justicia definitiva.

Entre todos los silencios, este de la inocencia maltratada por los no inocentes es el más

misterioso de todos. Porque es un silencio que se enfrenta a algo insondable e inexplicable, el mal moral, el mal que se origina cuando la libertad lo escoge, pudiendo haber escogido el bien.

10. *Silencio y comunicación*

Desde finales del siglo XIX hasta hoy han ido en crecimiento los medios que hacen posible una mayor comunicación entre las personas. Ahí están cine, radio, televisión y, sobre todo, el teléfono móvil conectado a Internet y, por tanto, a las redes sociales, que cuentan con miles de millones de usuarios.

El ser humano se acostumbra enseguida a lo más nuevo. Ya parece normal que se pueda hablar, y a un módico precio (el de la conexión a Internet), con alguien que está en las antípodas: hablarle y verle. La información de cientos de miles de fuentes está al alcance de un clic. Cualquier opinión puede ser expresada en las redes. Cualquier imagen “subida” a cualquiera de los portales *ad hoc*.

Esta proliferación de medios de expresión invita a todo menos al silencio. Por primera vez en la historia humana se dan las condiciones para que cualquier individuo pueda difundir *urbi et orbe* lo que piensa que es la muestra de clarividencia más notable.

Todo invento, no obstante, tiene su contrapartida. Internet es algo así como una copia digital del mundo. Y, como mundo, tienen sus cimas, pero también sus cloacas. Hay gente que aprovecha la facilidad de comunicación para difundir insultos, prejuicios, imágenes de crueldad, tortura o degradación del ser humano. Niños que maltratan a otros niños para después subir las imágenes a las redes. Niños que, introducidos prematuramente en esta selva digital, son acosados en ella.

El mal gusto y la zafiedad, que en épocas de aislamiento quedaban limitados a un ámbito local, ahora se universaliza. Se establece una especie de competición para ver quién cuelga la imagen más asquerosa o indignante, la gracia más sin gracia posible.

Mucha gente ha pensado que Internet favorecía el anonimato, pero se ignora que es un anonimato que queda registrado para siempre y que, investigado, acaba dando con el usuario, que deja de ser anónimo.

Una novela de David Eggers, *El Círculo*, imagina qué ocurriría si una empresa informática si hiciera prácticamente con el monopolio de las búsquedas en la Red y, en general, de todos los datos sobre las personas. Eso es lo que han creado tres visionarios, el joven y ya encanecido Ty, el sermoneador Bailey y el negociante Stenton, porque detrás de todo eso hay, cómo no, un suculento negocio. Han absorbido Google, Facebook, Twitter y cientos de empresas más.

En *El Círculo*, apoyada por su amiga Annie, entra Mae, joven, inteligente y, como se verá enseguida, ambiciosa. Llega a ser el símbolo de otro de los mantras del Círculo: la transparencia. Lleva todo el día una pequeña cámara al cuello y va contando a millones de conectados lo que pasa en el Círculo. Porque el Círculo ha conseguido que decenas de miles de políticos del mundo entero vayan con una cámara igual y hagan todo delante de

todos.

La filosofía del Círculo es que, si se acaban los secretos, habrá completa transparencia, se sabrá todo de todos, no habrá delitos, ni males, ni desgracias. Todo lo que se habla, se escribe y se fotografía, se rueda o se oye queda en la nube. «Aquí no borramos». De lo que se trata es de compartir todo con todos. Lo privado desaparece, todo es común. El individuo cuenta solo como parte de un todo. «Lo primero es la comunidad». «La privacidad es un robo».

Hay dos personajes que intentan luchar contra esta nueva amenaza totalitaria que se escuda en la transparencia y, cómo no, en lo comunitario. La palabra que los mandamases del Círculo nunca pronuncian es “libertad”, porque la libertad puede decidir que no se quiere entrar en el círculo falso de una transparencia en la que se odia el silencio y se maltrata el olvido.

No tiene nada de extraño que se abra camino lo que ya se llama “derecho al olvido”: conseguir que buscadores potentes y omnipresentes, como Google, borren, a petición de los interesados, los datos personales y sus enlaces. Un derecho que está muy lejos de ser garantizado, ya que en definitiva es Google quien decide si acoge o no la petición. Además, nadie garantiza que los datos aparentemente borrados no queden en algún rincón lejano de la Nube, algo indeterminado e insaciable, capaz de almacenar todo.

La única defensa posible es el silencio. Y cuando este no es posible por completo, es bueno recordar otro de los antiguos consejos que la humanidad descubrió hace mucho y que olvida de vez en cuando: *ne nimis*, nada en exceso, moderación. Usar los medios para lo necesario y, en cualquier caso, no publicar datos o imágenes que pueden volverse contra la persona. Pero nunca nadie ha podido poner límites a la estupidez.

11. *Silencio, anonimato y fama*

La cultura del buen silencio es difícil de vivir en una sociedad en la que hay un interés constante por conocer la vida de aquellas personas que, saliendo del anonimato o, quizá mejor, de la privacidad, que es lo normal, se hacen famosas.

La privacidad es lo normal en la existencia de millones de personas que, aun desarrollando la vida y un oficio o profesión entre sus semejantes y, por tanto, bien conocidas en los normales ámbitos de familia, amigos y compañeros de trabajo, pueden ir por la calle sin que se los señale como famosos.

La fama es una realidad siempre presente en la historia humana. Antes que nada, como un buen nombre, consecuencia de una acción o una trayectoria valiosa. A veces, sin embargo, la fama se busca a través de una acción desastrosa, pero sonada. Proverbial, en este sentido, es el nombre de Eróstrato, que incendió el templo de Artemisa, en Éfeso, una de las siete maravillas del mundo antiguo. Valerio Máximo, un escritor latino del siglo I, que recopiló hechos y dichos memorables, escribe: «Se descubrió que un hombre había planeado incendiar el templo de Diana en Éfeso, de tal modo que, por la destrucción del más bello de los edificios, su nombre sería conocido en el mundo

entero». Los ciudadanos de Éfeso prohibieron que el nombre del autor fuera mencionado, pero lo recogió el historiador y geógrafo griego Estrabón.

Cervantes cuenta en *El Quijote* esta historia: «Eso se parece, Sancho, dijo don Quijote, a lo que le sucedió a un famoso poeta destos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella a una dama que se podía dudar si lo era o no; la cual, viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta diciéndole que qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras y que alargase la sátira y la pusiese en el ensanche. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella se quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame».

La fama tiene que ser contada, cantada o comunicada de algún modo. Desde siempre ha servido para eso el boca a boca, pero han sido más eficaces los cantares, los pregones, los documentos escritos o los monumentos levantados.

La novedad en nuestros días es que, creciendo de forma constante los medios de comunicación, basta la continuada o periódica presencia en ellos para que alguien pase del anonimato a la condición de famoso, aunque su *mérito* se limite a la simple participación en un programa, por ejemplo, televisivo. La llamada, con un eufemismo, *crónica social* alimenta la curiosidad y el interés por una serie de personas que pasan a ser famosas simplemente por algún tipo de escándalo, o por ser pariente de alguien ya famoso. Como la aparición de esos famosos en revistas y programas de televisión es una fuente de ingresos (para ellos y para las revistas y programas) se crea un circuito que se retroalimenta constantemente, aunque en el inicio de esa fama no haya nada realmente de mérito.

Este anhelo por ser conocido, y no dejar de serlo, lleva a airear de vez en cuando algún hecho que pueda interesar (que suele ser un enamoramiento, una ruptura o, con otro nombre, un adulterio). En este clima, el deseo de privacidad y de buen silencio apenas es entendido. Quienes, aun desempeñando un cargo o un trabajo público, desean salvaguardar su vida privada son tentados por quienes están dispuestos a pagar si rompen su silencio.

III. Patologías

1. *El parloteo*

Además del ruido de las máquinas y otros ingenios, lo que más atenta contra el silencio es el parloteo humano: frases que no acaban nunca, voces en extremo agudas, chillidos innecesarios, sílabas que se atropellan, historias peregrinas o fútiles, anacolutos continuos... Si no es monólogo, si son dos o más voces, el parloteo lleva a quitarse unos a otros la palabra, a hablar por encima de los demás. Al final, es tal la confusión babélica que es difícil imaginar algo más desagradable.

La televisión o la radio son a veces los escenarios de esa guerra de palabras, en la que todos quieren intervenir, casi siempre para decir lo que ya han dicho varias veces, para no aportar nada sustancioso, incluso con el pretendido gesto de que se tiene la solución definitiva, quizá con la muletilla, que sería ofensiva si no fuera porque es necia, de “lo que sí es verdad”.

Quien habla demasiado en cualquier ocasión no suele ser persona de confianza. O habla en demostración de su vanidad o intenta vendernos algo. La gente cuya profesión es vender —los comerciales— deben hablar, porque ese es su instrumento de trabajo: pero incluso en estos casos se puede evitar el parloteo y emplear un tono agradable, planteando un contenido que no sea puramente superficial.

El parloteo está muy próximo a la maledicencia. Porque, como se necesitan temas, ¿qué más a mano que la vida de los demás, sobre todo si se puede destacar algo llamativo, dramático, vergonzoso o ridículo? Con el eufemismo, ya citado, de crónica social pero con la realidad del cotilleo, ese parloteo está muy presente en programas de televisión. Gente que se gana la vida comentando y criticando sucesos del “corazón”, que casi siempre son de los genitales, aunque se utilice la hipocresía del eufemismo. Se ganan la vida parloteando sobre el honor ajeno. Ya Gracián, en *El Criticón*, hablaba de quienes «tienen una lengua más afilada que las navajas de los leones, con que desgarran las personas y despedazan las honras».

El parloteo es también parte integrante de la política, tal como se practica habitualmente. El político, como el antiguo sofista, trata de convencer, de persuadir con palabras tanto sobre realidades como sobre proyectos o promesas. No pocos políticos, si fuesen sinceros, podrían aplicarse a sí mismos lo que hace un personaje de *Los endemoniados*, de Dostoievski: «Siempre hablo mucho, muchas palabras y sin descanso, y nunca logro que salga lo que quiero decir. ¿Por qué con tantas palabras no sale lo que quiero? Porque no sé hablar. Quienes saben hablar, hablan poco». Los mítines son esa celebración de las palabras casi siempre superfluas, dirigidas a la precocinada emoción

de quienes ya están convencidos de antemano.

La forma, el estilo, las pautas del lenguaje político solo se diferencian, y no siempre, en el contenido. Son fórmulas repetitivas y cansinas. Así, cualquier partido que esté en la oposición y que aspire a gobernar dirá algo así como “con nosotros, el cambio”. Es frecuente la utilización del lenguaje para el disimulo. Gracián observaba de los políticos: «No querrían que por las huellas les rastreasen sus fines; señalan una parte y dan en otra; publican uno y ejecutan otro; para decir no dicen sí; siempre al contrario, cifrando en las encontradas señales su vencimiento», es decir, ganar.

Hay una antigua sabia sentencia, atribuida a muchas culturas a la vez, quizá porque pertenece a lo esencial humano, que dice: «No hables, a no ser que lo que digas sea mejor que el silencio». En *El adolescente* escribe Dostoievski: «—Recuérdalo, amigo mío, callar es bueno, seguro y bello. —¿Bello? —Naturalmente, el silencio siempre es bello y el hombre silencioso es siempre más bello que el hablador».

La persona silenciosa está en condiciones de tener esa otra gran cualidad, la de saber escuchar. Lo que causa el parloteo es la incapacidad de saber escuchar, quizá porque se piensa que el otro no puede decir nada importante.

En *El Criticón* cuando llegan a la feria de todo el mundo, donde todo se vende, hay un hermoso y complejo pasaje sobre el silencio: «Un poco más adelante estaba un hombre zeñando (*señalando*) que callasen, tan lejos de pregonar su mercadería.

—¿Qué vende este? —dijo Andrenio.

Y él al punto le puso en boca (*indicando que callase*).

—Pues deste modo, ¿cómo sabremos lo que vendes?

—Sin duda —dijo Egenio— que vende el callar.

—Mercadería es bien rara y bien importante —dijo Critilo—. Yo creí se había acabado en el mundo. Esta la deben traer de Venecia, especialmente el secreto, que acá no se coge. ¿Y quién la gasta?

—Eso estése dicho —respondió Andrenio—, los anacoretas, los monjes (con *e* digo), porque ellos saben lo que vale y aprovecha.

—Pues yo creo —dijo Critilo— que los más que lo usan no son los buenos, sino los malos: los deshonestos callan, las adúlteras disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapato de fieltro y así todos los malhechores.

—Ni aun esos —replicó Egenio—, que está ya el mundo tan rematado que los que habían de callar hablan más y hacen gala de sus ruindades. Veréis el otro que funda su caballería en bellaquería, que no le agrada la torpeza si no es descarada; el acuchillador se precia de que sus valentías den en rostro (*del contrario*); el lindo, que se hable de sus cabellos; la otra que se descuida de sus obligaciones y solo cura de su cara, placea (*muestra públicamente*) las galas cuando más la descomponen; el mal ladrón pretende cruz (*condecoración*) y el otro pide título que sea sobreescrito de su bajezas; de este modo todos los ruines son los más ruidosos.

—Pues, señores, ¿quién compra?

—El que apaña (*roba*) piedras (*preciosas*), el que hace y no dice, el que hace su negocio y Harpócrates (*dios griego del silencio*) a quien nadie reprehende.

—Sepamos el precio —dijo Critilo—, que querría comprar cantidad, que no sé si lo hallaremos en otra parte.

—El precio del silencio —le respondieron— es silencio también.

—¿Cómo puede ser eso? Si lo que se vende es callar, ¿la paga cómo ha de ser callar?

—Muy bien, que un buen callar se paga con otro; este calla, porque aquel calle, y todos dicen callar, y callemos».

2. *Malos mutismos*

En el texto que acabamos de leer, del siempre complejo y agudo Gracián, se habla del buen callar y del mal callar.

Hay un mutismo inocente, la mudez de nacimiento o sobrevenida, que por suerte puede ser en parte remediada con el lenguaje de signos. Hay otros mutismos que derivan de determinadas enfermedades mentales, como es el caso del autismo. Para nada se habla aquí de ese callar obligado, al que hay que prestar respeto, comprensión y ayuda.

Hay otros mutismos nada inocentes que son consecuencia de algún defecto moral, como la obstinación y la testarudez. O bien no se habla como un medio de expresar el enojo con alguien y así, aunque incluso se coexista, no hay convivencia, no hay palabras.

También es un mal mutismo no saber desahogar el corazón de alguna inquietud, desazón o pena con quienes pueden recibir la confianza con sencillez y acogimiento. Gran parte del valor de la amistad está en que con frecuencia un amigo es el mejor receptor de lo que agobia. Amigo quiere decir confianza, horizontalidad, trato de igual a igual. En relaciones en las que también se da un especial respeto este mismo respeto impide a veces el desahogo. Con el amigo hay respeto, pero es de otra índole, comunicante, fluido.

Hay un mutismo que es consecuencia de la ira. Santo Tomás escribe: «Por eso, como se ha dicho (san Gregorio, *Moral*), *la lengua se traba, el rostro se enciende, los ojos se vuelven fieros*. Así, pues, puede ser tan grande la perturbación de la ira, que impida por completo a la lengua el uso del habla. Y entonces se sigue el mutismo».

Los malos mutismos nada tienen que ver con el silencio interior y positivo. Estos mutismos son, en su cerrazón, incluso demasiado elocuentes. Es comprensible que, en los casos de enojos, haya un tiempo de silencio, pero debería significar una tregua y no una declaración de guerra. Para superar esas situaciones no hace falta, sin embargo, un exceso de palabras: basta a veces un gesto, seguido de un silencio que, ya sí, es de otro tipo.

Finalmente, hay un mutismo cómplice, cuando no se denuncia públicamente la injusticia, en sus variadas formas. Es cierto que determinados partidos o movimientos políticos o sociales parecen especializados en condenar a la sociedad entera por la injusticia que hay en su seno. Pero con frecuencia esas denuncias son una estratagema política, una calculada estrategia, que no se traduce en remedios eficaces.

Prueba de eso es que cuando esos partidos llegan al poder, las injusticias no

desaparecen, quizá solo se atenúan cosméticamente. La razón principal es que la corrección de las injusticias es imposible sin una extensión de la práctica de la justicia, de forma capilar, de persona a persona. Si esto no ocurre, pueden coexistir perfectamente la retórica de la solidaridad con la gramática del egoísmo.

3. El ataque del ruido

Contra el silencio, y de manera frontal, está lo que hoy se llama contaminación acústica. Como se sabe, el oído humano está pensado para oír en determinada frecuencia; por debajo de ese umbral de sensación no se oye; por encima, el sonido empieza a ser molesto y, en caso de ser algo continuado, puede provocar la sordera, además de otros efectos menores pero muy claros sobre la conducta y el sueño.

La intensidad y la potencia del sonido se mide en decibelios. En una tranquila biblioteca con gente silenciosa leyendo, hay unos 10 decibelios. Una aspiradora hace un ruido de 70. Una perforadora truena a 100 y un avión en despegue se desata a 130. Por encima de los 140 decibelios el oído humano empieza a pasarlo mal.

Durante siglos, antes de las modernas máquinas, incluso en las ciudades, el sonido de fondo era el de las ruedas de los carros, el ladrido de los perros, el cantar de los gallos, el tañido de las campanas o la forja del herrero. Con la llegada de máquinas más complejas todo se transforma. Primero fue el tren que, aunque relativamente apacible al recorrer los campos, es una máquina de ruido al atravesar ciudades. Después vino el coche, en crecimiento exponencial, seguido de las motocicletas. A lo que se suma los ruidos de las máquinas en la construcción: excavadoras, perforadoras. O el de las sirenas en ambulancias, camiones de bomberos, coches de policía. Muchas veces se ha comentado que no hace falta que estas sirenas vayan haciendo tanto ruido, que su efecto se conseguiría igual con la mitad de decibelios. Pero nunca se hace nada eficaz en esto. Parece como si hubiera un cierto gusto en atormentar a la gente con el efecto Doppler.

Por si esto fuera poco, en ciudades representativas, como es el caso, entre otras muchas, de Madrid, no faltan frecuentes manifestaciones de quienes quieren “hacerse oír”, para lo que emplean megáfonos que aturden a cientos de metros de distancia.

Este ataque creciente y continuo del ruido se da también en el interior de los edificios, por costumbres molestas de molestos vecinos: lavadora en horas nocturnas; fiestas ruidosas hasta bien entrada la madrugada; exceso de volumen en televisión o radio; perro continuamente ladrador; pisadas con tacones a cualquier hora del día y de la noche... Se vive con frecuencia en la propia burbuja sin considerar ni por un momento que hay gente detrás del delgado tabique de al lado o de abajo. Es de destacar cómo nos solemos quejar del ruido ajeno sin apenas considerar el propio.

Se comprende la verdad de aquellos versos de fray Luis de León: «!Qué descansada vida/ la del que huye del mundanal ruido...!».

IV. El aprendizaje del silencio: la escucha

El modo más práctico y a la vez más profundo de aprender a vivir silencios interiores y creativos es saber estar a la escucha, saber escuchar.

Para enterarnos de verdad de lo que se nos dice hay que escuchar a fondo, y esto requiere, por nuestra parte, no solo un silencio exterior sino también interior, una especie de pausa. Si, mientras se nos habla, estamos pensando solo en qué responder o en cualquier otra cosa, en realidad no escuchamos, simplemente oímos. Hay gente en las que la palabra que sale de la boca de otro no significa nada, es solo un sonido que da entrada a lo que ellos quieren decir, que dirán de todos modos.

¿Cómo escuchar? Con una variante de la básica regla áurea («no quieras para otros lo que no quieras para ti») o, en positivo, «quiere para otros lo que quieres para ti») se puede decir: «Escucha al otro como tú quieres ser escuchado».

Una de las palabras más repetidas como sinónimo de convivencia, de paz y de entendimiento, es *diálogo*. Y cuando se quiere poner de relieve que un diálogo no ha servido de mucho, se dice que es “un diálogo de sordos”; no de sordos que no pueden oír, sino de sordos que no *quieren* escuchar.

La palabra *diálogo* procede del griego: *dia*, con el sentido de *a través* y *logos*, que es *palabra*. La palabra va de uno a otro a través del silencio. Cuando uno habla el otro calla. «Para dialogar —escribió Machado—, preguntar primero, después escuchar».

Estar a la escucha es estar en silencio. Y para esto se requiere otra operación del espíritu que es la *atención*. La palabra procede del latín *attendere*, formada por *ad* (hacia) y *tendere* (tender). Es dirigirse fuertemente hacia algo, lo que casi siempre implica también un silencio.

Una de las causas más corrientes de los desarreglos o de los fracasos en las relaciones humanas (sean de amor, de amistad o de cualquier otro tipo) es la falta de atención hacia el otro. No ser atentos —respetuosos, delicados— es una consecuencia de no estar pendientes, de no dirigir la atención hacia al otro para conocerlo mejor, de no saber escuchar.

También es una de las causas más graves del fracaso escolar. La queja crónica de profesores, ahora como siempre, es que los alumnos no están atentos. Es muy conocido y diagnosticado el trastorno de déficit de atención con hiperactividad. En estos casos la atención no puede fijarse en nada con una cierta duración; se va continuamente de una cosa a otra; todo cansa si se mantiene el esfuerzo. Así como uno de los ingredientes del estudio es la constancia en repetir lo que se desea aprender, quienes padecen este déficit no aprenden. La persona con déficit de atención nunca se acaba de enterar de lo que se le quiere decir. Apenas han oído algo, interrumpen y no dejan acabar. Desde el principio no

han escuchado.

El déficit de atención hace imposible la constancia o la perseverancia. Por eso es tan difícil que personas con ese síndrome puedan, por ejemplo, aprender a tocar un instrumento. Esto es algo que requiere muchas horas de dedicación, ensayos, corrección de errores, vuelta a empezar...

El crecimiento humano en saber y en sabiduría consiste en gran parte en saber estar a la escucha. Y lo mismo en el aprecio del arte o, en general, de la belleza. Hay que callar y estar a la escucha para apreciar la belleza de un lugar, de un paisaje, de una música, de una pintura (“música silenciosa”).

«Callando —dice Benedicto XVI— se permite hablar a la persona que tenemos delante, expresarse a sí misma; y a nosotros no permanecer aferrados solo a nuestras palabras o ideas, sin una oportuna ponderación. Se abre así un espacio de escucha recíproca y se hace posible una relación humana más plena. En el silencio, por ejemplo, se acogen los momentos más auténticos de la comunicación entre los que se aman: la gestualidad, la expresión del rostro, el cuerpo como signos que manifiestan la persona. En el silencio hablan la alegría, las preocupaciones, el sufrimiento, que precisamente en él encuentran una forma de expresión particularmente intensa». Es así: escuchar es amar.

En el libro primero de Samuel, capítulo tercero, hay un pasaje antológico en este sentido. Samuel, aun niño, servía a Yahveh a las órdenes de Elí. Una noche estaban descansando Elí en un lugar y Samuel en otro cuando este oyó que le llamaban: «¡Samuel, Samuel!». Se levantó, corrió hasta Elí y le dijo: «Aquí estoy porque me has llamado». Elí le dijo que él no lo había llamado. Así, tres veces, hasta que Elí comprendió y dijo a Samuel: «Vete y acuéstate. Y si te llaman dirás: “Habla, Yahveh, que tu siervo escucha”».

V. Filosofía del silencio

Desde el principio, con la filosofía se ha intentado explicar el mundo o, de forma más profunda, acercarse al ser. Y también desde el principio algunos se dieron cuenta de que para eso el silencio vale tanto o más que la palabra, entre otras razones porque la palabra y el pensamiento que se expresa en ella nacen del silencio.

Heráclito (siglo VI a. C.) dice en uno de los fragmentos que nos han quedado de él: «La verdadera naturaleza gusta de ocultarse». Ante esta ocultación, el camino es el silencio. Ante lo oculto, el hablar no sirve de mucho. El silencio, en cambio, pertenece, por decirlo así, al mismo género que lo oculto. En el silencio, lo oculto puede manifestarse.

En general, los filósofos, a lo largo de la historia, no han atendido lo suficiente al silencio, a no ser cuando se topaban con lo místico. En ese sentido es llamativo el ejemplo de santo Tomás de Aquino, en una anécdota que, se cuenta, ocurrió con su secretario fray Reginaldo de Piperno. Era ya al final de su vida, y varios días antes había tenido una profunda experiencia espiritual. Después de ella, él, siempre activo, dejó de escribir. Cuando fray Reginaldo le preguntó por qué, respondió: «Al lado de lo que Dios me ha hecho ver en esos días, todo lo que he escrito me parece paja». Por eso escoge el silencio. De hecho, dejó inacabada su obra más lograda, la *Suma Teológica*.

Después de esto —y salvo la experiencia de los místicos: poco después de Tomás, el Maestro Eckhart y, en el siglo XVI Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, entre otros— el silencio en filosofía no se abre paso hasta el siglo XX, con dos de sus mejores pensadores, Wittgenstein y Heidegger.

De Wittgenstein ya se citó su famosa conclusión: «De lo que no se puede hablar, mejor es callarse». De lo que no se puede hablar (científicamente) es mejor callarse: pero callarse para vivir, con obras, con sentimientos, con alegrías y tristezas, todo ese amplio capítulo de lo humano para lo que apenas hay ciencia, pero puede haber sabiduría.

Aún más claro es el caso de Martin Heidegger. Bautizado católico y, en su juventud, dispuesto a ser religioso, abandona su fe hacia 1917, cuando contaba 28 años. Entra en un periodo agnóstico que lo acerca poco a poco a determinados flecos de la ideología nacionalsocialista, a la que después se adhiere, para desencantarse de ella más tarde. Acabada la guerra y recuperada su cátedra en la universidad, empieza un periodo en el que la revelación del ser, sin identificarse con Dios, adquiere cada vez más un sentido místico, pero de una mística humana. En este periodo Heidegger dedica cada vez más atención al silencio: sostiene que la humanidad está aturdida por el exceso de palabras y que, mientras no se viva el silencio, el ser permanecerá oculto.

Solo en la experiencia humana (el hombre es “pastor del ser”) se revelará el ser. Pero esta revelación no será consecuencia de un razonamiento, sino presentación de una presencia, como visión y, por eso, algo místico. «El pensar no está en nuestra mano — escribe Heidegger—. No es una acción humana. No es algo que nosotros conquistemos. (...) Pensar no es hacer. Pensar es dejar que algo suceda: abandono. Es dejar todo lo nuestro, y dejarnos a nosotros mismos: pura espera, acogida de lo que viene, cuando quiera venir».

Es sabido que Heidegger había dedicado un tiempo al conocimiento de la mística. Su primera formación fue teológica, en centros católicos, y allí se familiarizó con la existencia de una fuerte corriente mística desde el principio de la Iglesia y en la Edad Media y en el Renacimiento. Conocía bien la obra del Maestro Eckhart, pero también de san Bernardo de Claraval, uno de los autores medievales que con más fuerza trataron del camino de la mística. En uno de sus sermones, el Maestro Eckhart dice: «Para que Jesús hable en el alma, debe estar sola y callada, si quiere oír hablar a Jesús. ¡Ah! Entonces él entra y empieza a hablar. ¿Qué dice el Señor Jesús? Dice lo que él es. ¿Pero qué es él? Él es el Verbo del Padre».

Heidegger trabajó también la obra del Pseudo Dionisio, un neoplatónico del siglo VI al que, hasta el Renacimiento, tomaron por el Dionisio que aparece en los *Hechos de Apóstoles* como discípulo de san Pablo: de ahí la autoridad que le concedieron. Según el Pseudo Dionisio, Dios «no puede ser entendido ni encerrado en palabras, ni cabe en la definición de un nombre». Heidegger traslada esa afirmación al ser, que no puede ser entendido. Si no es entendido no puede decirse en palabra; y entonces solo cabe esperar en silencio su “revelación”.

La oculta presencia del ser también puede darse en la poesía, pero no por lo que las palabras dicen sino por lo que ocultan. La poesía escrita utiliza inevitablemente palabras, pero esas palabras no dicen lo que es el ser, sino que preparan para su presencia. La poesía, tal como la entiende Heidegger, más que un decir es un escuchar, un paradójico silencio que habla. La poesía, más que decir, insinúa, rodea, prepara para el ser.

Primero es el silencio, después el entrar en uno mismo y finalmente el respeto hacia lo natural. «Estas tres cosas, ya mencionadas en una carta anterior, se determinan en su mutua pertenencia a partir de la ley de la conveniencia del pensar de la historia del ser: lo riguroso de la reflexión, el cuidado del decir, la parquedad de la palabra». Y es que «el pensamiento es, ante todo, una escucha». Una vez se está en esta disposición, el hombre se hace mediación del ser, pastor del ser. George Steiner, comentando a Heidegger, escribe: «El lenguaje solo puede ocuparse significativamente de un segmento de la realidad particular y restringido. El resto —y, presumiblemente, la mayor parte— es silencio».

Si se admite que el ser habla, lo hace en silencio a través del hombre si se da un disposición de escucha. Otto Pöggeler, buen conocedor de Heidegger, escribe: «El pensar de la verdad del ser tiene su rasgo fundamental en aquel callar que deja que la ocultación sea propiamente ocultación. El pensar no habla de una cosa para guardar silencio respecto a otra, de la que no se podría hablar de una manera rigurosa; su silencio

es más bien elocuente, su habla silenciosa, es decir un habla que restituye a la ocultación la salida de lo oculto. Guardar silencio es un guardar el silencio de la ocultación como misterio que alberga a todas las cosas y las pone en seguro».

¿Puede ese pensar del silencio conducir de algún modo hacia Dios? Es probable que no se haya tenido lo suficiente en cuenta la influencia de la vivencia personal de Heidegger en su filosofía. Pasa, como ya se ha dicho, de la creencia en Dios a un cierto agnosticismo —contagiado por el paganismo del nazismo— y, después, a una cada vez mayor defensa del silencio, de estar a la escucha ante la posible manifestación del ser. Este ser no puede ser identificado con Dios, para Heidegger, pero tampoco le es extraño.

En la entrevista póstuma publicada por *Der Spiegel* en 1976 Heidegger declara: «Si puedo permitirme dar una respuesta breve pero que es el fruto de una larga meditación, debo decir que la filosofía no podrá provocar un cambio inmediato del estado presente del mundo. Y esto no es válido solo para la filosofía sino también para toda perspectiva y todo querer humano. Solo un Dios puede aún salvarnos. La única posibilidad que nos queda, en el pensamiento y en la poesía, es la disponibilidad para la manifestación de ese Dios o para su ausencia en la catástrofe: que nos hundamos frente al Dios ausente».

La “disponibilidad para la manifestación de ese Dios” pasa por el silencio en el que se revela la verdad de la realidad. Un silencio que es también una escucha y una espera. Un silencio que puede acoger el cambio profundo, que se manifestará como un don, no como una conquista humana.

VI. Hacia el secreto del silencio

1. *Silencio e introspección*

Ir hacia dentro es algo constante en san Agustín: «No quieras ir fuera; en el interior del hombre habita la verdad». O bien, también de las *Confesiones*: «Volved al corazón. ¿Qué es eso de ir lejos de vosotros y desaparecer de vuestra vista? ¿Qué es eso de ir por caminos de soledad y vida errante y vagabunda? Volved. ¿Adónde? Al Señor, dices. Es pronto todavía. Vuelve primero a tu corazón: como en un destierro andas errante fuera de ti. ¿Te ignoras a ti mismo y vas en busca de quien te creó? Vuelve, vuelve al corazón».

Esta llamada a la interioridad tiene equivalencias en otras culturas. Confucio enseñaba: «El hombre que no examina cada día en su interior lo que debe hacer, lo que debe evitar, lo que debe aconsejar y lo que debe reprochar, no hará nada bueno en su vida». Y Marco Aurelio: «Mira dentro de ti; es en tu interior donde está la fuente del bien».

Se piensa con frecuencia que el silencio quiere decir por sí mismo introspección, análisis detallado y minucioso de la propia conducta. No es así. Es más: un exceso de introspección puede estropear el silencio y volverlo agobiante. La famosa frase que Sócrates cita del oráculo de Delfos, “conócete a ti mismo”, no es una llamada a la introspección, sino algo bien distinto: que sepas lo que eres, lo limitado que eres, nada, en comparación con todo; o como cantaba Píndaro, “la sombra de un sueño”, “efímero”, es decir, que dura solo un día. Aunque, a la vez, como enseñará Pascal, mucho más valioso —cada individuo— que todo el universo; una caña, pero una caña que piensa.

El silencio es el “lugar” de un prudente y nada escrupuloso espíritu de examen. Este examen es un volver sobre las propias acciones, sobre todo las que tienen relación con otras personas, para ver cómo podrían ser mejores; y en el caso de errores y desaciertos, proponerse corregirlos o, en su caso, reparar el daño quizá causado. Todo esto parece a veces demasiado complejo en una época en la que, gracias a la televisión, cientos de personas entrevistadas y quizá famosas (simplemente porque su cara aparece con frecuencia) pueden decir eso de “no me arrepiento de nada”. Cualquiera con un mínimo sentido moral sabe que con frecuencia se equivoca, que a veces hace mal, por no hablar de los pecados por omisión, las veces que se podría haber hecho el bien y no se ha hecho. Hay que estar forjado en superficialidad para no darse cuenta de estas realidades.

El silencio es también el “lugar” de muchas otras operaciones interiores. Es el lugar de la imaginación, no solo en su uso indiferenciado y errático (“la loca de la casa”, en palabras de santa Teresa), sino en lo mucho que tiene de constructivo para el arte y para la ciencia. Con frecuencia se cita, fuera de contexto, una frase de Einstein, «la

imaginación es más importante que el conocimiento». Quería decir que el conocimiento, como ya lo había indicado Aristóteles hace muchos siglos, viene después de la imaginación. La inventiva es casi siempre cosa de la imaginación, aunque sus visiones hayan de ser razonadas y, en su caso, sometidas a la prueba de la experiencia.

La imaginación, en uno de sus múltiples usos, prospecta, ensaya, proyecta, compara, salta. Son precisamente esos saltos de la imaginación los que fraguan, al menos en sus inicios, muchas obras de arte y, en su ámbito, la dirección de determinadas investigaciones científicas. De ahí la impresión exterior de que la persona está “rumiando”. Después, también en el silencio, la razón o inteligencia ordena, distribuye, compone y construye. Lo contrario de esa otra actitud es la que “no se me ocurre nada”.

El silencio también se llena de pensamientos sobre uno mismo, de buenas o de malas intenciones, de ambiciones, de proyectos, de deseos, de aspiraciones. Pero el pensar sobre uno mismo, si llega a ser circular, puede transformarse en obsesión. Hay diversas formas de “dar vueltas en la cabeza” a una idea, un proyecto o una decisión. Una, buena, es cuando esas vueltas sirven para ver las distintas posibilidades y consecuencias: por ejemplo, cuando se piensan las posibles jugadas en una partida de ajedrez o cuando se calculan los diversos efectos posibles de una decisión. Otra mala, cuando esas vueltas son sobre lo mismo y del mismo modo. En lugar de circulación de ideas, la idea fija. Por eso en este último caso es preferible pasar a otro “espacio”.

Ese otro “espacio” es el pensamiento sobre los demás. Y puede llenarse de un pensar negativo, como es el caso de los celos, la envidia, los deseos de venganza o de un pensar positivo cuyo más alto grado es el pensamiento de amor: “¿Piensas en mí?”.

Es un difícil pero saludable ejercicio el de acostumbrarse a pensar no tanto “¿qué me han hecho?” sino “¿qué he hecho yo?”; “¿qué doy?” y no “¿qué recibo?”. Precisamente porque la individualidad es irreductible no es bueno reforzarla aún más con el pensamiento sobre sí mismo, sino haciendo en la interioridad y desde la propia personalidad un lugar para los demás.

2. Silencio y meditación

Meditar es un término con una interesante etimología. Proviene de la raíz indoeuropea *med* con el sentido de *medir, tomar medidas*. En griego dio origen a *medomai* con el significado de *medicar*, de donde vienen *médico, medicamento*. Lo mismo en latín, *mederi*, con el sentido de *cuidar*; y en latín existe otro verbo, *meditor*, en el sentido de *pensar, reflexionar, volverse hacia dentro, considerar*. Recuérdese lo de san Agustín: «*Noli foras ire*», no vayas hacia lo exterior, «*in interiore hominis habitat veritas*», en el interior del hombre habita la verdad.

Por influencia oriental (del yoga, entre otras experiencias) se ha extendido otra idea y práctica de la meditación: adoptada una determinada postura corporal, se controla la respiración, fijando la atención en un punto fijo, de modo que se realizaría una especie de limpieza interior. Todo lo cual exige el silencio.

Este tipo de meditación es a la vez algo corporal y anímico, del cuerpo y del alma. Busca la tranquilidad del ánimo, una especie de vaciedad, de equilibrio, de serenidad. La meditación de este tipo, se llame o no trascendental, se centra en uno mismo o, a lo más en “salir” de uno mismo, y no es, de por sí, un diálogo con Dios, esencia de la meditación religiosa. Debe mucho al budismo, que no es una religión (aunque en no pocos lugares se rinda culto a Buda como a un ser divino) sino un camino para superar, mediante renunciaciones, las dificultades y penalidades de la vida, el dolor en todas sus formas, y hasta el deseo. En un texto de *Udana*, que recoge la predicación más auténtica de Buda, se lee: «Hay, monjes, una condición donde no hay tierra, ni agua, ni aire, ni luz, ni espacio, ni límites, ni tiempo sin límites, ni ningún tipo de ser, ni ideas, ni falta de ideas, ni este mundo, ni aquel mundo, ni sol ni luna. A eso, monjes, yo lo denomino ni ir ni venir, ni un levantarse ni un fenecer, ni muerte, ni nacimiento ni efecto, ni cambio, ni detenimiento: ese es el fin del sufrimiento».

No hay inconveniente alguno en que, alcanzada la serenidad de ánimo a través de algún tipo de meditación, sea ese “espacio” el que sirva para un encuentro con Dios, pero no necesariamente. En gran parte de la literatura sobre este tema parece que el objetivo último es un estar bien con lo interior de uno mismo, a través de una serie de inéditas sensaciones corporales (o, en su caso, de ausencia de sensaciones).

3. *Silencio y verdad*

Pese a lo que afirman algunas filosofías, la verdad no es un constructo difícil o imposible. Conocemos naturalmente la verdad sobre hechos y datos que se nos presentan continuamente en la vida de todos los días. Sin ese conocimiento de la verdad no podría haber actuaciones acertadas. Solo conociendo la verdad de una enfermedad, lo que realmente ocurre, se pueden poner los medios para el remedio. Solo conociendo las leyes de la naturaleza es posible utilizarla al servicio del hombre.

La verdad es más problemática cuando se trata de situaciones complejas en las que interviene el entrecruce de libres voluntades. Sobre esas realidades humanas y sociales no es posible formular leyes como las que elaboran las ciencias naturales. Cabe estudiar tendencias, hacer aproximaciones pero nunca un conocimiento exacto. Se trata en muchos casos de una ciencia basada en probabilidades, en la que puede verse la verdad del hecho de la probabilidad, pero no respuestas seguras. Así sucede, por ejemplo, con la economía. Algunas de las situaciones económicas pueden preverse con una alta probabilidad, pero en otras la probabilidad es tan tenue que se habla, con razón, de “volatilidad”.

Del mismo modo hay una ciencia política, pero esa ciencia no puede prever con suficiente exactitud el comportamiento político —en una democracia— de millones de personas. Ese comportamiento puede ser de algún modo previsto de antemano mediante encuestas, pero históricamente hay tantos casos de acierto en esas encuestas como de sonados errores.

La verdad, en cualquier caso, se calibra mejor en el silencio que en la verborrea. En el silencio se apagan los ecos y se puede escuchar la voz que los provoca. Cosas que se creían verdades, porque se trataba con ellas en el tráfigo de las relaciones, aparecen con toda su claridad. «En mi soledad/ he visto cosas muy claras/ que no son verdad», dice un poema de Antonio Machado. A veces, dar con una profunda verdad lleva a más silencio para saber más. Algo a lo que quizá se refiere el libro clásico chino, el *Tao Te King*, de Lao Tse: «El que sabe, no habla. El que habla, no sabe». El silencio sirve a la verdad porque, en el silencio, la verdad se desnuda y caen los posibles velos que la ocultan. Es notable que el sentido del término griego para verdad, *aletheia*, quiere decir precisamente *desvelamiento*. Y, al contrario: con frecuencia el exceso de palabras es un intento de ocultar la verdad, de que esta salga a flote. Por eso en los interrogatorios se va a buscar las contradicciones que el exceso de palabras suele traer consigo, para que puedan aparecer las palabras que representan la verdad.

La clásica definición de *verdad*, «adecuación entre el entendimiento y la cosa», decir que es lo que es y que no es lo que no es, implica de ordinario que haya palabras que designan a la cosa, pero en el silencio esa adecuación es más clara e inmediata.

4. Silencio y virtudes

El silencio entra en la textura de tres virtudes cardinales: la prudencia, la fortaleza y la templanza o moderación. Y, sobre todo, en la virtud básica, la humildad.

La prudencia, porque con frecuencia lo prudente es callar. “Al buen callar llaman Sancho” es un antiguo refrán citado en *El Quijote*. Hay quienes han anotado que ese Sancho no sería otro que uno de los hijos de Fernando I de León, que reinó entre 1037 y 1065. Al repartir sus reinos entre los hijos, Fernando I dejó a Sancho, siendo el primogénito, Castilla, menos importante que León, que quedó para Alfonso. No protestó y calló. Baltasar Gracián, en *El Criticón*, modifica el refrán: “Que si al buen callar llaman santo, al mal callar llámanle diablo”.

A la prudencia pertenece también este dicho, presente en muchas culturas: “De callar no te arrepentirás nunca; de hablar, muchas veces”. El silencio prudente evita, en las relaciones humanas, muchos enfrentamientos y disputas, a veces por cosas intrascendentes pero hinchadas por el amor propio. El “quitarse de en medio” antes de que las cosas vayan a más es también una forma de silencio corporal.

Para llevar a cabo estos prudentes silencios se necesita fortaleza de ánimo, porque lo más fácil es dejarse arrastrar por las circunstancias, contestar al insulto con otro insulto. Muchas veces es más fuerte quien calla que quien habla desconsiderada e incontinentemente.

La templanza o moderación se aplica a todo el comportamiento humano y, por tanto, también al uso de la palabra. Entre los dos extremos del mutismo y el parloteo, la moderación inclina hacia un uso oportuno de la palabra, lo que a veces quiere decir no usarla: callar.

Especial correspondencia con el silencio tiene la humildad, porque la humildad es el silencio sobre las posibles buenas cualidades propias y la confesión, nunca ostentosa, de los propios defectos. La humildad no se entera de que lo es, la humildad es silenciosa de sí misma.

Humildad es no creérselo y, por eso, rechazo profundo a ser el pregonero de uno mismo. Tiene mucho que ver con ese “conocéte a ti mismo”, del oráculo de Delfos, que, como ya se vio, quiere decir “no te engrías”, advertencia dirigida a la *hybris*, al orgullo y la arrogancia. Conocerse a uno mismo es dar con la verdad sobre uno mismo, y a eso se refería Teresa de Ávila cuando escribía que «humildad es andar en verdad».

Es cierto, y sería masoquismo negarlo, que cada uno realiza obras buenas, actuaciones positivas, algunas dignas de ejemplo. No es humildad decir que no se vale nada. La frase “soy humilde” se destruye a sí misma. La humildad no niega los propios valores pero tampoco los pregona. La mejor actitud es el silencio, y que las obras se conozcan por sus efectos y no por los titulares con los que se anuncian.

La prueba de la humildad es el recibir elogios por parte de otros. No es humildad rechazarlos y decir que no se merecen. La Rochefoucauld ya advertía que esa actitud es como una indicación de que prosigan las alabanzas. Ante los elogios, en personas maduras, lo mejor es el silencio, hablar de otra cosa y pasarlos por alto. En los periodos educativos, los elogios pueden en cambio ser beneficiosos en la medida en que sirvan de estímulo para una mejor actuación.

5. *Silencio y amor*

«El silencio es retórica de amantes», escribió Calderón de la Barca. Muchas veces se ha comentado, y muchas más se ha vivido, que entre quienes se aman sobran con frecuencia las palabras, porque se entienden con una mirada o con un simple gesto. El poeta Carlos Sahagún lo ha expresado en este verso: «Voy a ti en silencio como un rayo de luz».

La razón (razón de amor) de esta realidad estriba en que, siendo el amor un interesarse por el tú antes que por el yo, se ha dedicado un largo ejercicio al conocimiento del otro, en el detalle y en las más variadas circunstancias. Si el amor es mutuo, es mutuo también ese casi perfecto conocimiento. Por eso muchas veces no hacen falta palabras, no es necesario que se comunique lo que se desea, porque el otro lo sabe de antemano. Con frecuencia a esa comunicación por el silencio se añade una sonrisa, que es como la confirmación de que se ha acertado, una sonrisa de reconocimiento.

Paradójicamente, si el amor viene a menos, lo que se establece también es el silencio, pero de una naturaleza muy distinta; es un silencio de lejanía, de incomunicación y de apartamiento. No se hablan, no porque sepan de antemano qué quiere cada uno, sino porque nada tienen ya que decirse.

El silencio también acompaña a las miradas de amor, como las de la madre o el padre ante el niño o la niña pequeños que se acaban de dormir. No hay que hablar, no hay que hacer ruido, pero se mira y se contempla a quienes se quiere por encima de todo, también

de uno mismo.

Pero en una realidad tan compleja como el amor, además del silencio se necesitan las palabras. El cine nos ha acostumbrado a este mínimo diálogo, siempre igual. Él o ella dice, “te quiero”; y él o ella responde “yo también” (“*I love you*”. “*Me too*”). El amor requiere conocer lo más posible a la persona que se ama y por eso se desea saber su historia, sus gustos, los menores detalles. Las conversaciones de amor pueden ser a veces interminables, porque entre todo lo que se ama también está la voz y la forma de hablar.

6. *El silencio de Dios*

Lo que se ha dado en llamar “vida oculta” de Jesús es un prolongado silencio, una sobrenatural vida ordinaria. Después, cuando empieza la vida pública, hay en el Evangelio dos momentos explícitos de silencio, además de los muchos implícitos cuando se retiraba a un lugar apartado para hablar con el Padre.

Uno de esos momentos es el episodio de la mujer sorprendida en adulterio, a la que quieren condenar a muerte. Los acusadores recuerdan a Jesús que las tales deben ser apedreadas. «¿Y tú qué dices?». No dice nada, calla, y con un dedo traza unos dibujos en la tierra, como yendo a otra cosa, desentendiéndose de la pregunta. Se puede medir ese silencio hasta que dice: «Quien de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra». Estas palabras, que son como la constitución del perdón, nacen de un silencio.

Otro momento es en el injusto proceso que se le hace. Ha contestado a las preguntas de Anás, Caifás y Pilatos. Pero cuando, por conveniencia política, lo envían ante Herodes y este lo ve casi como un espectáculo de circo, «Jesus callaba». Herodes era el asesino de Juan el Bautista, ejecutado sin proceso previo, por el capricho de dos mujeres. El silencio de Jesús ante Herodes es la muda reprobación de la injusticia, del abuso de poder.

En el *Apocalipsis* hay otro momento de silencio, tan misterioso que no se ha logrado dar con una interpretación satisfactoria. El Cordero ha abierto el séptimo sello y «se hizo silencio en el cielo como de media hora». Toda la abigarrada y compleja escenografía que hasta entonces se ha desplegado en el Apocalipsis queda en suspenso, a la espera de la resolución final.

Es una muestra más del silencio de Dios, expresión que se ha utilizado con frecuencia como presunta prueba del desinterés divino por las desgracias de los hombres. ¿Dónde está Dios, o qué dice cuando los inocentes son masacrados a millones, cuando los poderosos mueren en su cama mientras los humillados no tienen quienes les ayuden? Cuando Benedicto XVI visitó Auschwitz en mayo de 2006, también sucumbió a la pregunta: «¿Por qué, Señor, permaneciste callado?». Antes, Theodor Adorno había escrito (aunque más tarde se arrepintió de haberlo hecho) que era una barbarie hacer poesía después de Auschwitz. Pero en los dos casos se desconocía, siquiera por un momento, que en la barbarie humana Dios nada tiene que ver, porque es el posible precio, por inhumano que resulte, de la libertad.

El silencio de Dios es el silencio ante la libertad humana, como ya había adelantado el *Eclesiástés*, 15, 14: «Desde el principio Dios creó al hombre y lo dejó en manos de su consejo». En el relato inicial del *Génesis* existe la prohibición de comer del árbol del bien y del mal, pero esa prohibición iba dirigida a la libertad, y prueba de eso es que pudo ser desobedecida.

El silencio de Dios no es, por tanto, una ausencia, sino una presencia atenta a lo que el hombre decida hacer con su vida.

«El Dios de la revelación bíblica habla también sin palabras —dice Benedicto XVI—. Como pone de manifiesto la cruz de Cristo, Dios habla por medio de su silencio. El silencio de Dios, la experiencia de la lejanía del Omnipotente y Padre, es una etapa decisiva en el camino terreno del Hijo de Dios, Palabra encarnada... El silencio de Dios prolonga sus palabras precedentes. En esos momentos de oscuridad, habla en el misterio de su silencio (Ex. ap. *Verbum Domini*, 21). En el silencio de la cruz habla la elocuencia del amor de Dios vivido hasta el don supremo. Después de la muerte de Cristo, la tierra permanece en silencio y en el Sábado Santo, cuando “el Rey está durmiendo y el Dios hecho hombre despierta a los que dormían desde hace siglos” (cf. Oficio de Lecturas del Sábado Santo), resuena la voz de Dios colmada de amor por la humanidad».

7. *El secreto del silencio*

El secreto mejor guardado del silencio y, a la vez, al alcance de quien lo quiera trabajar, estriba en que es el espacio/tiempo en el que se puede dar un inefable encuentro con Dios.

Para eso, hay que preparar primero el “lugar”. Tenemos un interior, una compleja intimidad, un recinto tan sagrado como la misma persona humana. Existe en todos los hombres, pero es algo que se desconoce si no se ensaya su virtualidad última, que es precisamente la del encuentro con Dios.

Ese interior es, en principio, una habitación de soledad, individual, porque el ser humano no puede prescindir nunca de su individualidad. Esa individualidad, la imposibilidad de su fusión con ninguna otra individualidad humana, es el precio de su gran atributo, que no es otro que la libertad.

Desde esa radicalidad del individuo y de su libertad se eleva precisamente la necesidad de otros. La sociabilidad no es algo añadido, sino una exigencia de la misma individualidad. Cuando se defiende que el ser humano no está completo si no es en comunidad, formando parte de una “conciencia colectiva” se hace un mal servicio. Es claro que la radical individualidad del ser humano tiende los brazos hacia mediaciones comunitarias. Pero esas mediaciones han de ser libremente queridas y no anular la propia personalidad. Cuando esto no se entiende, la persona es absorbida en la masa, con una frecuente dejación de la propia libertad y responsabilidad.

Paradójicamente, en esa habitación interior hay que querer entrar. Escribe santa Teresa en *Las Moradas*: «Parece que digo algún disparate; porque si este castillo es el ánima

claro está que no hay para qué entrar, pues se es él mismo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni quién está dentro ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo es».

No es fácil, porque «hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi está hecha como ellas, y con ser de natural tan rica y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio».

Desde el principio hay que mirar al fin: «No habéis de entender estas moradas una en pos de otra, como cosa en hilada, sino poned los ojos en el centro, que es la pieza o palacio adonde está el rey, y considerar como un palmito, que para llegar a lo que es de comer tiene muchas coberturas que todo lo sabroso cercan».

San Juan de la Cruz conecta este encuentro con Dios en el interior del hombre con el misterio de la Trinidad: «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en el silencio ha de ser oída del alma». Aquí se descubre el fecundo secreto del silencio. Algo que no se opone a la palabra sino que se hace eco de la Palabra por antonomasia, el Verbo, la Palabra encarnada de Dios, Jesús, Hijo de Dios, Palabra eterna del Padre.

El hombre está así solo, pero solo con Dios. No se elimina la soledad, como no se elimina nunca en una soledad humana acompañada del amor. La soledad no se puede eliminar, porque es otra de las consecuencias de la libertad. La libertad es siempre la libertad de una persona; no hay libertad colectiva. Pero a esa soledad solo se llega por el silencio, es decir, eliminando todos los ruidos.

«Si Dios habla al hombre también en el silencio —dice Benedicto XVI—, el hombre igualmente descubre en el silencio la posibilidad de hablar con Dios y de Dios. “Necesitamos el silencio que se transforma en contemplación, que nos hace entrar en el silencio de Dios y así nos permite llegar al punto donde nace la Palabra, la Palabra redentora” (Homilía a miembros de la Comisión Teológica Internacional, 6 octubre 2006). Al hablar de la grandeza de Dios, nuestro lenguaje resulta siempre inadecuado y así se abre el espacio para la contemplación silenciosa. De esta contemplación nace con toda su fuerza interior la urgencia de la misión, la necesidad imperiosa de “comunicar aquello que hemos visto y oído”, para que todos estemos en comunión con Dios (cf. 1 *Jn* 1, 3). La contemplación silenciosa nos sumerge en la fuente del Amor, que nos conduce hacia nuestro prójimo, para sentir su dolor y ofrecer la luz de Cristo, su Mensaje de vida, su don de amor total que salva».

En la contemplación silenciosa emerge asimismo, todavía más fuerte, aquella Palabra eterna por medio de la cual se hizo el mundo, y se percibe aquel designio de salvación que Dios realiza a través de palabras y gestos en toda la historia de la humanidad. Como

recuerda el Concilio Vaticano II, la Revelación divina se lleva a cabo con «hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas» (*Dei Verbum*, 2) .

Las palabras de Benedicto XVI son un resumen de una realidad básica, la oración silenciosa, contemplativa, que se funda, como no podía ser de otro modo, en el ejemplo de Cristo tal como se relata en los Evangelios y se perpetúa en toda la tradición cristiana.

A veces se dice que esta oración contemplativa es privativa de aquellos que se retiran para ocuparse en ella, en la vida reduplicativamente “religiosa”: reduplicativamente porque también la vida del cristiano no religioso (no sacerdote, no fraile ni monja), es religiosa. No es verdad que el cristiano corriente tenga que limitarse a una oración vocal, de palabras pronunciadas, porque esta oración no lo sería «por más que menee los labios» (santa Teresa) si no va acompañada de un impulso interior hacia Dios.

La primera dificultad para esta oración contemplativa surge de una carencia o deficiencia humana: el no aprecio por el silencio y, por tanto, su escasa práctica. Lo natural y lo sobrenatural están unidos de tal manera que, por así decir, solo la práctica del silencio sin más abre el camino para la silenciosa oración. Si no se aprende a vivir sin ruido, a «estar tranquilos en la propia habitación» (Pascal), es muy difícil que se “sienta” la necesidad de la oración interior.

La siguiente dificultad es no saber llenar el silencio de oración. ¿Se trata de pensar? Se trata de poner en práctica todas las virtualidades de la vida interior. La consideración, que es pensamiento, de la vida y los hechos de Jesucristo, tal como se proponen, antes que nada, en los Evangelios y, después, en no pocos autores que ha escrito sobre ellos. Esta consideración es un caer en la cuenta de esas realidades de modo que al pensamiento siga el afecto. Porque no se trata de una actividad solo intelectual sino también cordial, en la línea de aquello de Pascal de que «el corazón tiene sus razones que la razón no conoce».

Desde el afecto surge el diálogo no ya con otro sino con el Otro, con el mismo Dios. Y como es un afecto cercano se puede contar a Dios todo lo que nos ocurre, de lo más pequeño a lo más grande. De nuevo sirve aquí la analogía con lo humano: si se tiene la buena experiencia de contar con amigos con quienes se habla de todo con la mayor facilidad, basta trasladar esa experiencia al trato con Dios.

Con cierta frecuencia, se tiende a descuidar o incluso menospreciar esa oración personal con el argumento de que el cristiano es iglesia y que, por eso, la mejor oración es la comunitaria. En el Evangelio no se lee eso: «Cuando ores, entra en tu recámara y, echada la llave, a tu puerta, haz tu oración a tu Padre, que está en lo secreto. Y al orar no charléis neciamente como los gentiles, pues se imaginan que con su mucha palabrería serán escuchados. No os hagáis, pues semejantes a ellos, que bien sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad antes de que se lo pidáis» (*Mateo*, 6, 6-8).

Ese oponer una cosa a la otra —oración personal y oración comunitaria— es un rasgo más de la mentalidad dicotómica que necesita oponerse a algo para defender algo. Se

olvida, en este caso, que también la llamada oración comunitaria debe ser personal. La acción de orar, como cualquier otra, es siempre individual, personal. Lo que se da en la oración comunitaria es la espiritual belleza de la concordia de muchos corazones individuales. El “*sursum corda*” de la misa está en plural: arriba los corazones. Por muy comunitariamente que se recite el *Credo*, no se dice *creemos*, sino *creo*.

Epílogo

El individuo humano, la persona humana, no es reductible a ningún otro ser, ni siquiera a su creador, a Dios, porque, además de la diferencia radical entre quien es el Ser y quien tiene el ser porque lo ha recibido, el ser humano ha sido creado en libertad.

Tampoco ningún individuo humano puede ser reducido a cualquier otro. Hablar de *fusión*, por ejemplo en el lenguaje amoroso, es una exageración retórica; comprensible, pero exageración. No hay fusión, sino mutua entrega, donde cada persona conserva su radical individualidad. Por eso, en esa mutua entrega, ha de haber también respeto mutuo, es decir, se tiene en cuenta lo que *respecta* al otro, su individualidad y personalidad.

Tampoco puede darse una *fusión* con Dios, ni en esta imperfecta vida ni en la futura, porque la esencia divina es inabarcable por cualquier ser creado. La felicidad o bienaventuranza eterna consiste en la *visión* de Dios, de la que san Pablo dice en la primera Epístola a los Corintios: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha entrado en el corazón del hombre las cosas que Dios tiene preparadas para los que le aman». No hará falta hablar con palabras, porque será el silencio de un asombro que es inimaginable ahora.

La radical soledad de cada ser humano puede ser soledad con otros, con aquellos a los que se aman. Si no hubiera una previa —y en cierto modo continua— soledad, no podría darse el acompañamiento. Y, a su vez, el mejor acompañamiento es la unión de soledades. Por eso quienes se aman gustan de soledad. Y si es una soledad con Dios es, como escribía Juan de la Cruz, “soledad sonora”. Como en aquella estrofa del *Cántico*: «En soledad vivía,/ y en soledad ha puesto ya su nido;/ y en soledad la guía/ a solas su querido,/ también de soledad de amor herido».

Un atributo de esa soledad es el silencio interior. Y es desde ese silencio como se comprende el a veces criticado “silencio de Dios” ante las tragedias humanas. Para comprender un poco el silencio de Dios hay que ser un alumno aventajado del propio silencio. Entonces se descubre que en el silencio se da un lenguaje mucho más claro que el de las palabras. Y nunca es equívoco, cuando el silencio llega a su profundidad.

Es, con frecuencia, un lenguaje de solo mirada. Callan los labios, pero hablan los ojos. Dios puede callar, pero nunca cesa de mirar y esa es su providencia más misteriosa y continua. Ser hijos de Dios es sentirse mirado por Dios, de un modo semejante a como el padre y la madre no dejan nunca de mirar al hijo pequeño, no lo pierden de vista.

Los Salmos están llenos de esta mirada de Dios. «Sus ojos están mirando al pobre; sus párpados están examinando a los hijos de los hombres» (10, 6). «Desde su firmísimo trono echó una mirada sobre todos los habitantes de la tierra» (32, 14). «Vuélvete hacia nosotros, mira desde el cielo y atiende y visita esta viña» (79, 15). «Siendo el Señor

altísimo puso sus ojos en las criaturas humildes» (137, 6).

«Muchas veces y de muchos modos Dios había hablado en los tiempos antiguos por medio de los profetas; últimamente, en estos días, nos ha hablado por medio del Hijo», se lee al principio de la Epístola a los Hebreos. Dios Padre mira y envía su Hijo para que hable. Pero, junto a las palabras de Cristo, hay que atender a sus silencios. Y desde el silencio, contemplarlo. Porque las palabras pueden ser falsas: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí».

Si hay un silencio que corresponde por entero al misterio —*mysterium fidei*— es el de la Eucaristía. Nada más silencioso que el pan y el vino consagrados que, desde entonces, ocultan a Cristo, *latens deitas*. Se podría decir que en la Eucaristía el silencio está encarnado y a la vez oculto. Piénsese en esos cientos de miles de iglesias en todo el mundo, cuando en ellas no hay nadie salvo Cristo en el sagrario, en espera y en silencio. Si no se entiende hasta qué punto hay aquí una entrega de amor, no se habrá entendido apenas nada de lo que es la fe cristiana.

Estas y otras muchas consideraciones solo son posibles cuando se parte del valor del silencio, como camino del descubrimiento de la propia individualidad, de la propia intimidad y de dirigir ese mismo silencio y soledad hacia la mejor de las compañías. El *Cántico espiritual* de Juan de la Cruz es el itinerario hacia ese encuentro con Dios. Como canta en la última estrofa «Y el cerco sosegaba», porque ya nada le cercan las pasiones y los apetitos del alma. «Y la caballería/ a vista de las aguas descendía», dos versos que es mejor dejar en esa indefinición, en ese misterioso descendimiento hacia las aguas de la vida eterna.



© 2016 *by* RAFAEL GÓMEZ PÉREZ

© 2016 de la presente edición *by* EDICIONES RIALP, S. A.

Colombia, 63, 28016 Madrid

www.rialp.com

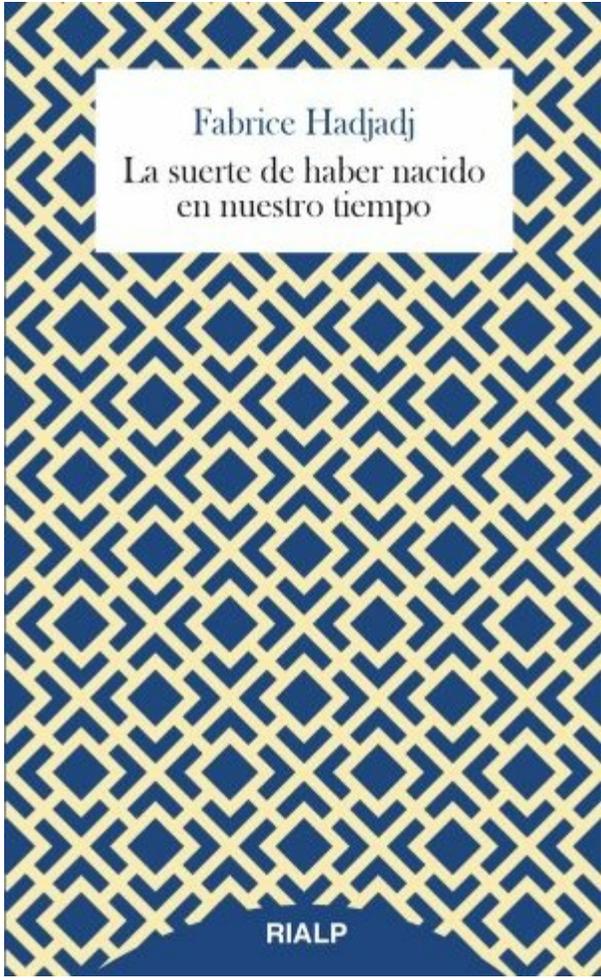
Conversión eBook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

ISBN eBook: 978-84-321-4675-6

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Fabrice Hadjadj
La suerte de haber nacido
en nuestro tiempo

RIALP

La suerte de haber nacido en nuestro tiempo

Hadjadj, Fabrice

9788432146732

62 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Quien se adhiere a un partido político, primero se adhiere a su doctrina, y luego hace propaganda y procura incorporar a muchos para transformar el mundo según esos valores. ¿Es así como actúa la Iglesia Católica? El autor analiza las diferencias entre militancia y conversión misionera, antes de llevar a cabo un agudo y optimista balance de los tiempos que nos toca vivir: la esperanza del que cree está por encima de toda nostalgia y de toda utopía, en una época que se caracteriza por la muerte de las utopías.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Si tú me dices 'ven'

Seminckx, Stéphane

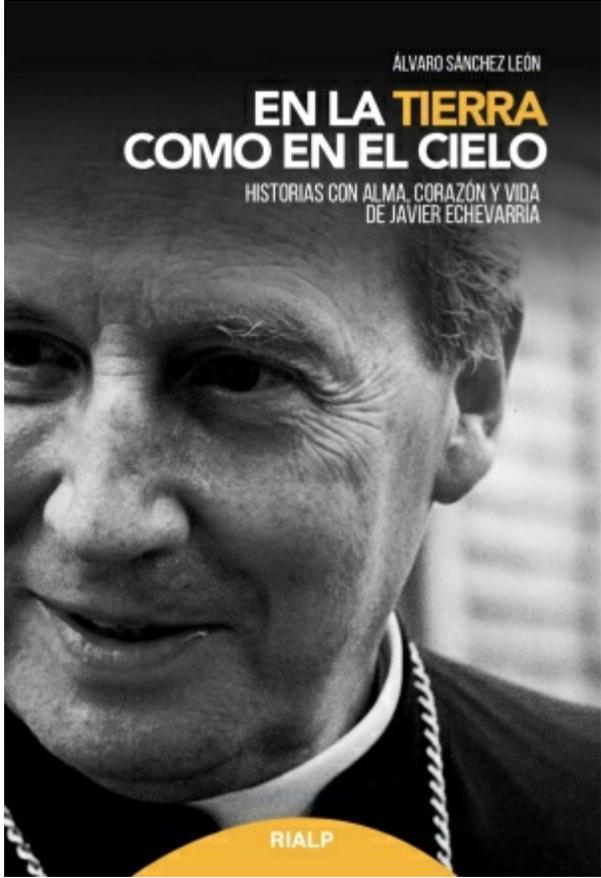
9788432149276

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si tú me dices "ven", lo dejas todo. Eso dice la canción, y eso sigue repitiendo el corazón humano, cada vez que se enamora: promete dejarlo todo, para siempre, y ser fiel en la salud y en la enfermedad... "hasta que la muerte nos separe". Pero hoy, ¿sigue siendo válido este mensaje? Muchos ven el ideal de formar una familia y mantenerse fiel hasta la muerte como un sueño ingenuo. Hace ahora 50 años, Pablo VI escribió un documento profético sobre el amor conyugal, la encíclica *Humanae vitae* que, junto a lo escrito por los últimos Papas, ofrece el mejor mapa para que ese sueño se convierta en realidad. Seminckx lo analiza con detalle, de modo breve y directo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

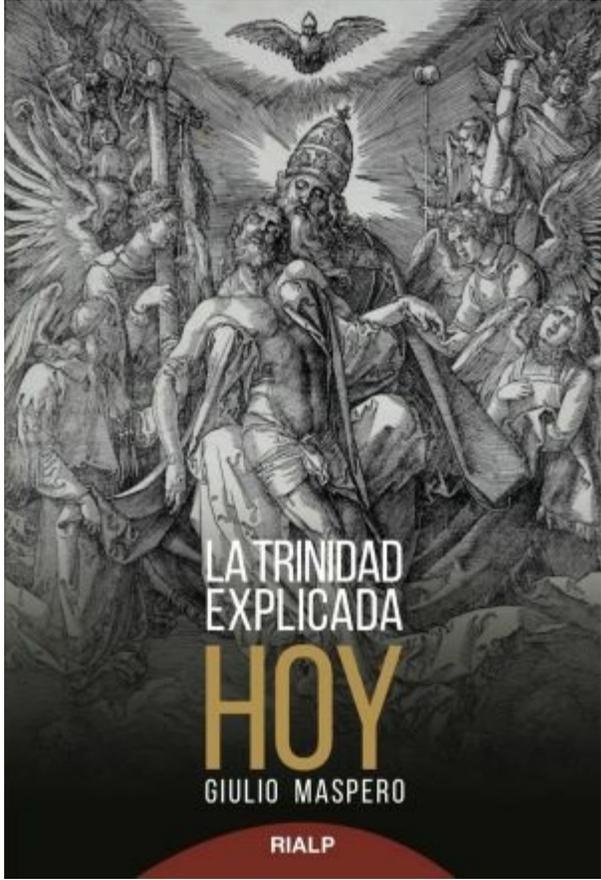
9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La Trinidad explicada hoy

Maspero, Giulio

9788432148873

118 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Conocer a Dios, asomarse a su intimidad, encamina derechamente al hombre hacia un misterio sublime, el más importante del dogma cristiano: Dios es uno y trino, tres personas en un solo Dios. El hombre, durante siglos, ha entrado de puntillas a analizar este misterio, mediante la piedad y la teología, de la mano de lo revelado por el mismo Dios. Maspero ofrece aquí un valioso recorrido por la historia del dogma trinitario, vértice de toda la doctrina cristiana, que ayuda, en definitiva, a conocer la propia dignidad del ser humano.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Naturaleza creativa

Novo, Javier

9788432149177

196 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

No terminamos de sentirnos completamente a gusto en este cosmos, ya que no nos resulta fácil reconocer la verdad que se esconde tras él, si es que hay alguna. Nuestra alianza con la Naturaleza parece rota. Quizá pueda reconstruirse, pero es claro que hay piezas que no encajan. Los autores investigan: cuando entramos en contacto con la Naturaleza, pronto entendemos que es posible dialogar con ella, para entender nuestro lugar en el cosmos, y quiénes somos realmente. Pero hay una oscuridad que oculta la verdad sobre nuestro universo, que ha sido la preocupación de científicos, artistas y filósofos de todos los tiempos. ¿Hasta dónde alcanzas sus certezas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Citas	4
Índice	5
Introducción	6
I. Las formas del silencio	7
II. El silencio y otras realidades humanas	11
III. Patologías	25
IV. El aprendizaje del silencio: la escucha	29
V. Filosofía del silencio	31
VI. Hacia el secreto del silencio	34
Epílogo	44
Créditos	46